EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

QUIERO SER POBRE,

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. RAFAEL GARCIA Y SANTISTEBAN.

MADRID.
ALONSO GULLON, EDITOR.
PEZ.—40.
OFICINAS: POZAS—2—2.°
1878.

AUMENTO AL CATALOGO DE 1.º DE ABRIL DE 1877.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde

COMEDIAS Y DRAMAS.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
Á las puertas del cielo	1	D. J. Jackson Veyan	Todo.
Breton	1	Emilio Ferrari	»
Caridad y abnegacion	1	Sres. G. Saenz Diez y A. de Larra	»
Cazar con liga	1	D. Eduardo Inza	»
Contra la fuerza la astucia	1	Senen Lopez	»
Dos enemigos íntimos	1	E. Zamora y Caballero	»
El mejor juez, la conciencia	1	L. Parejo y Reina	»
El que escupe al cielo	1	Guillermo Perrin	»
El tesoro de los sueños	1	José Jackson Veyan	»
El viejo Miloch ó la guerra de Servia	1	Leopoldo Parejo	»
Enciclopedia	1	Calixto Navarro	»
Hidalguía Castellana	1	Senen Lopez	»
La agencia matrimonial	1	D.ª Asuncion Lozano	»
La chaqueta parda	1	D. José Jackson Veyan	»
La justicia de Dios	1	L. Parejo y Reina	»
La ley del trabajo	1	Mariano Chacel	»
La morena y la rubia	1	Emilio Álvarez	»
La primera noche	1	Mariano Chacel	»
La sombra negra	1	E. Jackson Cortés	»
Los obstáculos	1	Sres. E. Navarro y J. Escudero	»
María	1	D. José María Nogués	»
Me caso	1	Estéban Garrido	»
Para el corazon no hay clases	1	L. Parejo y Reina	»
Quien á hierro mata	1	Emilio Ferrari	»
Quien no se vence á sí mismo	1	Leopoldo Parejo	»
Soñar despierto	1	Leopoldo Parejo	»
Una balsa de aceite	1	Pedro María Barrera	»
Una casera modelo	1	D.ª Asuncion Lozano	»
Una justa literaria	1	D. Leopoldo Vazquez	»
Un pollo fiambre	1	E. Jackson Cortés	»
Una tempestad de verano	1	Julio Nombela	»
Un conspirador	1	Navarro	»
Un detalle de la vida	1	Adelardo de la Calle	»
El jornalero	2	Emilio Álvarez	»
El señor de Manzanillo	2	Salvador M. Granés	»
El sombrero del ministro	2	Sres. Nombela y Castillo	»
La resurreccion de Lázaro	2	D. Enrique Gaspar	»
Para tal culpa tal pena	2	D. José Echegaray	»
Para una coqueta un viejo	2	Miguel Echegaray	»
Verde y madura	2	Sres. P. M. Barrera y E. G. Bedmar	»

Leave in
both copies
of Quiero ser pobre
y García y Santisteban

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

UN CHAPARRON DE LETRILLAS.	Coleccion de poesías.
ESTÁ LOCA.	Juguete cómico, original en un acto y en v.
LADRON Y VERDUGO	Comedia en un acto y en prosa, arreglada del francés.
LA DOCTORA EN TRAVESURAS.	Comedia original en un acto y en verso.
LA FRUTERA DE MURILLO. . . .	Comedia original en un acto y en verso.
EL MUNDO NUEVO [1].	Inocentada cómico-lírica original en un acto y en prosa.
EL JUICIO FINAL [2]. (2.ª edicion.)	Zarzuela original en un acto y en prosa.
LA CAZA DEL GALLO.	Comedia original en tres actos y en verso.
LA TORRE DE BABEL.	Comedia original en tres actos y en verso.
PARA DOS PERDICES, DOS (2.ª ed.)	Proverbio original en un acto y en verso.
EL SUEÑO DEL PESCADOR. . . .	Zarzuela en tres actos y en verso.
EL GORRO NEGRO.	Zarzuela en un acto y en verso.
EL JARDINERO.	Zarzuela en un acto y en verso.
LAS HIJAS DE ELENA. (3.ª ed.)	Proverbio original en un acto y en verso.
LA MUJER DE TRES MARIDOS.	Juguete cómico original en un acto y en v.
¿REPÚBLICA Ó MONARQUIA? (2.ª edicion.)	Problema original en un acto y en verso.
LA LIBERTAD DE ENSEÑANZA.	Comedia original en un acto y en verso.
LA REINA DE LOS AIRES. . . .	Farsa bufa original en un acto y en prosa.
LA MUJER LIBRE.	Comedia original en un acto y en verso.
UN EDITOR RESPONSABLE.	Comedia en un acto y en verso.
ROBINSON. [3] (3.ª edicion.). . . .	Zarzuela original en tres actos.
EL POTOSÍ SUBMARINO. [4] (2.ª edicion.).	Zarzuela cómico-fantástica en tres actos, original y en verso.
¡¡PALOMO!! [5].	Humorada lírico-bufa en un acto y en verso.
EL NOVIO DE SU MUJER.	Comedia original en tres actos y en verso.
LA LIQUIDACION SOCIAL [6]. . . .	Zarzuela original en dos actos y en verso.
EL TRIBUTO DE LAS CIEN DONCELLAS [7].	Opereta en tres actos original y en verso.
EL PERCAL Y LA SEDA.	Juguete cómico original en tres actos y en verso.
LA COMEDIANTA FAMOSA.	Comedia original en tres actos y en verso.
LA VÍRGEN DE ATOCHA.	Drama original en tres actos y en verso.
LAS LUNAS DEL AMOR.	Juguete cómico original en un acto y en verso.
VIVIR Á ESCAPE.	Comedia original en tres actos y en verso.
QUIERO SER POBRE.	Comedia original en tres actos y en verso.

1 En colaboracion con D. Fernando Martinez Pedrosa, música de D. Luis Cepeda.
2 Música de D. Miguel Albelda.
3 Música del maestro Barbieri.
4 Música del maestro Arrieta.
5 Música del maestro Monfort.
6 Música del maestro Monfort.
7 Música del maestro Barbieri.

QUIERO SER POBRE,

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON RAFAEL GARCIA Y SANTISTEBAN.

Estrenada en el Teatro de la COMEDIA en el mes de Febrero de 1878.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1878.

PERSONAJES.	ACTORES.
ADELA	SRA. FERNANDEZ.
CECILIA	SRA. VALVERDE.
EMILIO	SR. AGUIRRE.
MATEO	SR. ZAMACOIS.
DON JUAN	SR. MARIO.
EL BARON	SR. VIÑAS.
PEPE	SR. RUBIO.
UN CRIADO	SR. N.

La accion en nuestros dias. Los dos primeros actos en casa de Emilio y el tercero en la de D. Juan.

Las indicaciones están tomadas del lado del actor.

ACTO PRIMERO.

Sala amueblada con elegancia. Puerta en el fondo, laterales y balcon. Neceser de lujo. Mesita con periódicos. Chimenea.

ESCENA PRIMERA.

MATEO.

Las once de la mañana;
estará en el primer sueño;
el amo es de los que siempre
se acuestan con los serenos,
que les estorba la luz
y hacen vida de murciélagos,
y son pájaros nocturnos
y no hay que fiarse de ellos.
Y eso que el señor de Céspedes,
acaudalado banquero,
tiene mujer guapa y jóven
y de virtudes modelo;
pero nada, el principal
es como el cura del cuento
que era cura y no ejercía,
y es marido... de respeto,
y por eso sus amigos
en el padron le pusieron:

«casado, de profesion,
pero de oficio, soltero:»
veré á su ayuda de cámara,
no le pregunto hace tiempo.

ESCENA II.

MATEO y PEPE, derecha.

MATEO. Pepe, Pepe.
PEPE. (Saliendo.) Eh?
MATEO. Buenos dias.
PEPE. Muy felices, don Mateo.
MATEO. Se habrá acostado el señor
muy tarde.
PEPE. Quiá, no por cierto,
se ha acostado muy temprano.
MATEO. Cosa más rara! Está enfermo?
PEPE. Se ha acostado hoy á las cinco,
más temprano...
MATEO. Ya lo creo.
PEPE. El ama salia á misa
cuando él entró.
MATEO. Es su ángel bueno.
PEPE. El Baron le acompañó.
MATEO. Su ángel malo, le detesto.
PEPE. Con él vino en la berlina
para irse á su casa luego,
y al despedirse le dijo:
«esta tarde nos veremos
en el *saltarin*: supongo
que será un titiritero.»
MATEO. Diría el *Skating-ring*
ahora está en moda.
PEPE. ¿Y qué es eso?
MATEO. Patinar sobre madera
y magullarse los huesos.
Ea, vas á confesarte
conmigo.
PEPE. Pero usté es lego.
MATEO. No importa.
PEPE. Y yo con los curas

solamente me confieso.

MATEO. Tú sabes que en esta casa
soy...

PEPE. El amo verdadero.

MATEO. No, el gerente principal
que los caudales manejo;
por lo tanto no hay conmigo
secreto de ningun género.

PEPE. Me ha convencido usté, padre,
pregúnteme y yo contesto.

MATEO. Quién es la que priva ahora?

PEPE. Pues la que está en candelero
es una de muchas puntas.
El Baron dijo eso al ménos.

MATEO. Serán púas.

PEPE. No.

MATEO. Es ternera
ó puerco espin?

PEPE. Ni por pienso.
Es bailarina del Real,
un animal de los nuestros.

MATEO. Pues tendrá puntas y púas,
por eso no reñirémos.

PEPE. Se llama VIrtudes.

MATEO. Sopla,
que epígrama tan sangriento.

PEPE El amo piensa vestirla.

MATEO. Pues será de medio cuerpo
para arriba, que en las piernas
sólo se ponen rellenos.

PEPE. Y va á llevarla á París.

MATEO. Canario, eso ya es más sério.

PEPE. La otra mañana el Baron
le decia: «es un paseo,
finges que te vas de caza
y pasas un mes soberbio.»

MATEO. Claro, y caza con huron:
(aquí hay que poner remedio).

EMILIO. (Dentro.) Pepe, Pepe.

MATEO. El amo llama.

PEPE. Por Dios, guarde usté el secreto.

MATEO. Cómo se habrá levantado

«casado, de profesion,
pero de oficio, soltero:»
veré á su ayuda de cámara,
no le pregunto hace tiempo.

ESCENA II.

MATEO y PEPE, derecha.

MATEO. Pepe, Pepe.
PEPE. (Saliendo.) Eh?
MATEO. Buenos dias.
PEPE. Muy felices, don Mateo.
MATEO. Se habrá acostado el señor
muy tarde.
PEPE. Quiá, no por cierto,
se ha acostado muy temprano.
MATEO. Cosa más rara! Está enfermo?
PEPE. Se ha acostado hoy á las cinco,
más temprano...
MATEO. Ya lo creo.
PEPE. El ama salia á misa
cuando él entró.
MATEO. Es su ángel bueno.
PEPE. El Baron le acompañó.
MATEO. Su ángel malo, le detesto.
PEPE. Con él vino en la berlina
para irse á su casa luego,
y al despedirse le dijo:
«esta tarde nos veremos
en el *saltarin*: supongo
que será un titiritero.»
MATEO. Diría el *Skating-ring*
ahora está en moda.
PEPE. ¿Y qué es eso?
MATEO. Patinar sobre madera
y magullarse los huesos.
Ea, vas á confesarte
conmigo.
PEPE. Pero usté es lego.
MATEO. No importa.
PEPE. Y yo con los curas

solamente me confieso.

MATEO. Tú sabes que en esta casa
soy...

PEPE. El amo verdadero.

MATEO. No, el gerente principal
que los caudales manejo;
por lo tanto no hay conmigo
secreto de ningun género.

PEPE. Me ha convencido usté, padre,
pregúnteme y yo contesto.

MATEO. Quién es la que priva ahora?

PEPE. Pues la que está en candelero
es una de muchas puntas.
El Baron dijo eso al ménos.

MATEO. Serán púas.

PEPE. No.

MATEO. Es ternera
ó puerco espin?

PEPE. Ni por pienso.
Es bailarina del Real,
un animal de los nuestros.

MATEO. Pues tendrá puntas y púas,
por eso no reñirémos.

PEPE. Se llama Virtudes.

MATEO. Sopla,
que epígrama tan sangriento.

PEPE El amo piensa vestirla.

MATEO. Pues será de medio cuerpo
para arriba, que en las piernas
sólo se ponen rellenos.

PEPE. Y va á llevarla á París.

MATEO. Canario, eso ya es más sério.

PEPE. La otra mañana el Baron
le decia: «es un paseo,
finges que te vas de caza
y pasas un mes soberbio.»

MATEO. Claro, y caza con huron:
(aquí hay que poner remedio).

EMILIO. (Dentro.) Pepe, Pepe.

MATEO. El amo llama.

PEPE. Por Dios, guarde usté el secreto.

MATEO. Cómo se habrá levantado

tan pronto?
PEPE. Abur.
MATEO. Vé corriendo. (Váse Pepe.)

ESCENA III.

MATEO.

Conque es una bailarina,
una Venus en pernetas?
¡Oh poder de las piruetas
y de doblarse la espina!
Y entre tanto la señora,
su mujer por lo eclesiástico,
tiene un marido fantástico
que está fuera á toda hora,
y la pena amarga pasa
porque le ama con pasion,
y es casada en el padron
pero soltera en su casa.
Lo que es yo bien le aconsejo,
y hasta le gruño y le riño,
que le conocí de niño,
y de algo vale el ser viejo;
mas él calla, si yo grito,
y adelante los faroles,
y ahora á París; caracoles,
va enmendándose el mocito.
No, pues si hace el maletin
le diré: «No hay trigo en caja,
que busque esa buena alhaja
otro primo bailarin.»
Aquí sale.

ESCENA IV.

MATEO y EMILIO, derecha.

EMILIO. (Á Pepe.) Envía aquello,
ya sabes dónde.
MATEO. (Acertijo;
será á Virtudes de fijo,

que se le ha agarrado al cuello.)
Buenos dias, señorito.

EMILIO. Hola, Mateo.

MATEO. (Yo voy
á sonsacarle.) Pues hoy
sale usté á luz tempranito.
Eso madrugar se llama.

EMILIO. Á las cinco me acosté
y he dado más vueltas...

MATEO. Qué?
Bailó usté sobre la cama?

EMILIO. Que he estado inquieto.

MATEO. Ah, comprendo.
(Ya solté una indírectilla.)
Cuando el sueño no se pilla
siempre se está uno moviendo.

EMILIO. (Sentándose.) (Se empeña en ir á París
á un escenario más vasto,
y hay que pensarlo, que el gasto
no es ningun grano de anís.)

MATEO. (Pensará en esa muñeca?)

EMILIO. (Luégo soy tan débil yo.)

MATEO. Se siente usté malo?

EMILIO. No.

MATEO. Creí que era la jaqueca.
La mañana está muy fria
y corre un grís que traspasa:
hoy se quedará usté en casa
siendo el dia que es.

EMILIO, ¿Qué dia?
Qué santo será?

MATEO. No es santo.

EMILIO. ¿Es aniversario? di.

MATEO. Es santa Adelaida.

EMILIO. Ah, sí,
vírgen y mártir.

MATEO. (Y tanto.)

EMILIO. ¡Los dias de mi mujer!
no sé ni el mes en que vivo.

MATEO. Como es usté tan activo
y tiene tanto que hacer...

EMILIO. Algo la he de regalar.

Dí que avisen al joyero,
á Marzo.

MATEO. (Sí, y á Febrero.)

EMILIO. Que traiga joyas.

MATEO. (La mar!)
Y á la hora del almuerzo
cuando estén de sobremesa,
entro yo con la sorpresa
diciendo: «ahí va ese resfuerzo.»

EMILIO. No almuerzo aquí, cabalmente
hoy se abre el *Skating-ring*,
la Sociedad del Patin,
y almorzamos más de veinte.

MATEO. Bueno, será á la comida.

EMILIO. No, tampoco puede ser,
voy á Fornos á comer,
el Presidente convida.
Fundamos hace años hoy
la Sociedad de la Liebre,
y quieren que se celebre
comiendo, por eso voy.

MATEO. Pero está usté en sociedad
con todos.

EMILIO. Qué le he de hacer.

MATEO. Sí, ménos con su mujer,
que tiene prioridad.
Pues va á sentirlo muchísimo
la señora: ya creía...

EMILIO. El suspenderlo sería
un trastorno.

MATEO. Sí, grandísimo.

EMILIO. Y lo siento.

MATEO. Lo supongo.
La pobre pasa una vida
tan triste y tan aburrida:
sola siempre como un hongo.

EMILIO. Yo nunca cuentas la pido,
que gaste y tire á su antojo;
¿qué la falta?

MATEO. Pues es flojo,
lo principal, su marido!

EMILIO. Eh, que se te van los piés

y de mi bondad abusas.
MATEO. Perdon.
EMILIO. Sí, pide ahora excusas,
y hazme la guerra despues.
En vez de calmar á Adela
si está con cara de enfado,
porque no estoy á su lado
como un chiquillo de escuela,
la harás coro hecho un erizo,
y me llamarás voluble,
porque el lazo indisoluble
lo hago nudo escurridizo;
y encomiarás con calor
las dulzuras del hogar,
pretendiendo parodiar
al diablo predicador.
MATEO. Aunque por nada me pico,
señorito, en serio hablo,
yo no soy santo ni diablo,
pero hago lo que predico.
Fuí marido, y muy casero,
y de ello no me abochorno,
y no un marido de adorno,
seductor y callejero.
Ya venía al escritorio
y trabajaba á destajo,
mas cuando no de trabajo
era un dia de jolgorio,
y enamorada pareja
íbamos yo y mi costillla
á comer una tortilla
á la Fuente de la Teja.
No nos pesaba la cruz
y éramos sobre la tierra
carta y sello y no de guerra,
uña y carne, sombra y luz
Qué más, yo fuí nacional
y fusilero del sexto;
yo era entónces por supuesto
inocente y liberal;
pues bien, siempre mi Manuela
conmigo la guardia hacía

y su mamá me decía:
¿hace por tí centinela?
Estaba ya tan pesada
que me fué una tarde á ver;
y al mirarla aparecer
«cabo, grité, fuerza armada.»
Manuela y yo ni un instante
pensamos en el cordel;
y nuestra luna de miel
no tuvo cuarto menguante.
Veinte años há que me falta
y que solo me contemplo,
mas como he dado el ejemplo
puedo decir en voz alta:
«Soy protector decidido
de toda pobre mujer
que se queje de tener
por huesped á su marido,
su virtud poniendo á prueba,
que aunque el esposo se enoje,
fruta que el amo no coge
el pájaro se la lleva.
Y así pasa lo que pasa,
y entra en la danza un tercero,
y el marido novillero
tiene novillos en casa;
y luégo al verse cogidos
por olvidar sus deberes,
dicen ellos: «que mujeres»
y yo grito: «que maridos!)

EMILIO. Ora pro nobis y amen.
Vé á predicar á otra parte;
chocheas y hay que dejarte.

MATEO. (Claro, no se le sabe bien.)

EMILIO. Entre los dos me aburris.

MATEO. Es con el mejor deseo.
Me voy.

EMILIO. (Ah, el viaje.) Mateo,
yo tengo que ir á París.

MATEO. (Comprendo, á matar la araña.)

EMILIO. Y pienso marchar muy pronto.

MATEO. Hace usté bien. (Me haré el tonto,

si no con todo rebaña.)
Manda usté algo, me retiro.

EMILIO. Qué fondo hay en caja.

MATEO. (¡Ay!
esto es lo malo.) Pues hay
lo preciso para el giro.

EMILIO. Cómo es eso? yo creí...

MATEO. Hay letras que no han vencido!

EMILIO. Mas ya caigo; habrás cumplido
las órdenes que te dí
de que con anuencia mia
cuanto realizar pudieras
en la casa lo impusieras
de Thomson y compañía.

MATEO. Sí, justo.

EMILIO. En la Estrella azul,
sociedad inter-océanica,
la gran empresa británica
que reside en Liverpool.
Te oponías al principio
y es buena especulacion.
Fué un empeño del Baron.

MATEO. (El Baron no pierde ripio.)

EMILIO. Qué hora es?

MATEO. Las doce dan.

EMILIO. Yo estoy en retraso, horror,
como eres tan hablador...
Pepe, el sombrero, el gaban.

ESCENA V.

DICHOS y ADELA, fondo.

ADELA. Santos y muy buenos dias.

MATEO. Muy buenos nos los dé Dios.

EMILIO. Adela.

ADELA. Feliz encuentro
¿cómo tan madrugador?

EMILIO. Que los tengas muy felices.
Mateo me recordó...

MATEO. Sí, yo he sido su almanaque .

ADELA. Te marchas ya?

EMILIO. Sí, me voy.
ADELA. Te espero á almorzar.
EMILIO. No puedo.
ADELA. Y á comer te aguardo?
EMILIO. No.
Mateo sabe la causa.
Son compromisos de honor.
Las exigencias sociales;
uno tiene precision
de cumplir con los amigos
y la gente *com'il faut.*
ADELA. Haces bien.
EMILIO. Te traerán luego
aderezos de valor,
escoge los que te agraden
y puedes lucirlos hoy.
ADELA. Gracias.
MATEO. (Sí, mucho aderezo
y poca ensalada.)
EMILIO. Adios.
ADELA. Que te diviertas.
EMILIO. Ah, encarga
á Binder otro landó;
compra otro tronco de yeguas,
inglesas son de rigor,
quiero que eclipses á todas
en lujo y ostentacion.
ADELA. Si tú te eclipsaras ménos
sería mucho mejor.
MATEO. (Anda, toma astronomía.)
EMILIO. Huy, que retrasado estoy.
Abur.
ADELA. Hasta que Dios quiera.
MATEO. Mucho tiene que hacer Dios.
(Emilio se va por el fondo.)

ESCENA VI.

ADELA y MATEO.

ADELA. (Otro dia en el desierto;

es bonita diversion.)

MATEO. (Pobrecilla, me da pena;
una jóven como un sol
pospuesta á una bailarina
de pirueta y tropezon.)

ADELA. (Y si bien lo considero
un ídolo chino soy
sola entre joyas y perlas
muy formal en mi sillon.)

MATEO. Señorita, hoy hace frio,
echo leña al fuego?

ADELA. No,
que todos los dias hace
Emilio esa operacion.

MATEO. Señorita, yo quisiera
ser buen cómico ó tenor,
ó tocar bien el piano
ó el cornetin ó el fagot
para poder distraerla
y quitarla el mal humor.

ADELA. No, pues segun mi marido
no debo quejarme yo,
que nada me falta, excepto
mi buen marido y señor,
y puedo por la ventana
tirar un millon ó dos,
mas no hacer que por la puerta
entre él en mi habitacion.
Juzga como tantos otros
que del escándalo en pos
á mujeres cotizables
dedicaron su pasion,
que la esposa honrada y digna
que su hogar ennobleció,
nada quiere para el alma,
todo para el exterior,
y que una honesta caricia
equivale á un medallon,
y un abrazo á un aderezo
y una mirada á un reló,
como si una no sintiera
la fuerte palpitacion

de algo que á gritos nos pide
correspondencia y amor,
y no piedras más heladas
que el helado corazon,
del esposo que abandona
el tesoro de su honor.

MATEO. Bravo, está usted inspiradísima.

ADELA. Gracias, estaré hoy en voz.

MATEO. Despues de todo es el caso
que sin hacerle favor
el señorito en el fondo
es un bendito de Dios,
y por eso cabalmente
es débil de condicion
y todo el mundo le explota.

ADELA. Todo el mundo menos yo,
por eso quiero ser pobre
ó bajar de posicion
como te digo mil veces
de las que aburrida estoy.
Si es verdad que las riquezas
quitan al alma el calor
y es cual violeta la dicha
que huye de la luz del sol,
Emilio, á quien por ser rico
traen todos hecho un peon.
si le faltára la cuerda
que le hace andar tan veloz,
de seguro sufriría
más desengaños que Job,
y estando más en casa
por el natural rubor,
y al tratarme más de cerca,
tengo yo la presuncion
de que muy pronto á mis plantas
diría el yo pecador.
¿Creerás que desearía
hacer el ensayo?

MATEO. Oh!
no quiera Dios que tengamos
un disgusto tan atroz.
Quebrar la casa de Céspedes

que está tan boyante hoy,
es casi un sueño.

ADELA. Ay, en sueños
anoche mismo tronó.
Como es idea que fija
está en mi imaginacion,
tuve el gran gusto de verla
realizada á mi sabor.
Soñé que Emilio y yo estábamos
muy sentaditos los dos
en el quicio de una puerta
enfrente de un cazolon.
Él con su blusa y su gorra
era un albañil de pró,
y yo su digna parienta
de alto moño y pañolon.
Debíamos ser muy pobres
ó poco hambrones sí no,
que en la cazuela no había
más que garbanzos y arroz.
Cada cual con su cuchara
se agenciaba su racion,
y entre bocado y bocado
me echaba Emilio una flor.
—«Salada, hermosa, bendita—
¡qué boquita de piñon!—
y era una comida espléndida
y una bendicion de Dios,
porque aquello era atracarse
de garbanzos y de amor.

MATEO. Y yo no estaba en el cuadro?

ADELA. Ya lo creo.

MATEO. ¿De miron?

ADELA. Pasaste vendiendo agua.

MATEO. Tambien yo bajé á aguador?
Pero calle, lo recuerdo,
gritaba en tono chillon:
«ahora sí que viene fresca,
«quién quiere otro.»

ADELA. Pero adios,
desperté y ya con el sueño
mi felicidad huyó,

y volví á cerrar los ojos,
mas no volvió la ilusion.

MATEO. Tambien usté, señorita,
se complace en su dolor,
y al tiempo conforme viene,
dice el refran español.
Si el señorito anda suelto
y se divierte al vapor,
distráigase usté igualmente,
y es la pena del talion:
vaya usté á paseo, al teatro.

ADELA. Sola, dándome charol?

MATEO. Busque usté amigas.

ADELA. No tengo.

MATEO. Ni siquiera de pension?

ADELA. Una tenía muy íntima
que era Cecilia Amorós:
no te acuerdas, una rubia
de un genio alborotador.

MATEO. Diga usté, qué ha sido de ella?

ADELA. Se fué con su padre á Alcoy.
y hace años que se ha casado
con el señor de Muñoz,
empleado de Fomento;
yo no sé por qué razon,
le di parte de mi boda
pero no me contestó.

MATEO. Señorita, me deleita
mucho su conversacion
mas voy...

ADELA. Por los aderezos?
así tendré veintidos,
y seré un escaparate
de joyero y dorador.

MATEO. Pero hoy saldrá usté á paseo.

ADELA. Como quieras. (Se empeñó.)

MATEO. Ántes de quince minutos
está á la puerta el milord.
Hasta luégo.

ADELA. Adios, Mateo.

MATEO. (Nada; un cernícalo soy
si no pienso un medio heróico

de salvar la situacion.)
(Se va por el fondo.)

ESCENA VII.

ADELA.

Leeré para hacer algo;
á mano tengo periódicos.
—«Unámonos todos.»—Bueno,
esto no va con nosotros.
—«Modas, para las casadas
se recomienda en otoño...
y en todo tiempo el marido;
yo el mio no me lo pongo.
—«En Canarias han quedado
«cesantes cuarenta y ocho
empleados de Fomento.»—
Canario, vaya un destrozo.
Eso es fomentar el hambre.—
«Entre ellos se encuentra el probo
y entendido funcionario
don Juan Muñoz y Redondo.»
—El marido de Cecilia,
pobrecillo, yo conozco
al ministro y le hablaré
y le repondrá muy pronto.
(Levantándose.) Ea, dice bien Mateo,
el salir es mi negocio;
hoy voy á echarme á la calle
lo mismo que un demagogo.
Haré el programa. Visitas,
murmuraciones, piropos,
á comer, y al Real despues;
va á ser un dia redondo.
(Bostezando.) Lo que voy á divertirme,
hay para estallar de gozo.
Voy al tocador.

ESCENA VIII.

ADELA y un CRIADO.

CRIADO. Señora.

ADELA. Qué ocurre?
CRIADO. El Baron del Olmo
quiere saludar á usía.
ADELA. (Ya está en el redil el lobo.
Aunque no reza el programa
la visita de un Tenorio,
le recibiré, y me entero
de los asuntos del otro.)
Dile que pase.
CRIADO. Está bien. (Váse el Criado.)
ADELA. Pues serenidad y aplomo.

ESCENA IX.

ADELA y el BARON.

BARON. (Fondo.) Adela, á los piés de usté.
ADELA. Baron, beso á usté la mano.
BARON. Y Emilio?
ADELA. Listo y tan sano,
salía cuando yo entré.
BARON. Es muy posible que fuese
corriendo al almuerzo; pues
sabe usté qué almuerzo es?
ADELA. Sí. (Qué almuerzo será ese?)
BARON. El Skating-ring lo da.
ADELA. Pero usté tambien es socio.
BARON. Sí, mas tenía un negocio
de mucha importancia.
ADELA. Ya.
BARON. Estaba muy á trasmano,
y por ser tarde no fuí.
ADELA. (Claro, no fué tarde allí
por venir aquí temprano.)
BARON. Adela, tampoco olvido
que usté sus dias celebra.
ADELA. (Y quieres pegar la hebra
en ausencia del marido.)
Agradezco á usté el recuerdo.
BARON. Ver á usté tanto me agrada...
ADELA. Que si no fuera casada
diría usté «aquí me pierdo.»

BARON. Sí, justo...
ADELA. (Ya le paré.)
BARON. De su ingenio hace usté alarde.
¿Y qué, no irá usté esta tarde
á ver patinar?
ADELA. No sé.
BARON. Es la *patinomanía*,
hoy va la elegancia toda;
es primer dia de moda.
ADELA. Se desnucan ese dia?
BARON. Todo el mundo, francamente,
dice, y conviene conmigo,
que Emilio es un buen amigo,
muy bromista y muy corriente,
mas de conocer no deja
que, teniendo una mujer
como usté, era su deber
cuidar más de su pareja.
Aunque no sea un delito
peca de superficial;
esa es la voz general.
ADELA. (Qué amigos tienes, Benito.)
EMILIO. Mil veces le he dicho yo:
«luce el tesoro que tienes,
que ese es de todos tus bienes
el más chico y *comm'il faut*
que Adela reune en sí
belleza, trato simpático,
bondad, aire aristocrático,
talento, gracia y esprit.»
ADELA. Bien por el bombo, Baron,
lo toca usté sin rival,
para la orquesta del Real
era usté una adquisicion.
BARON. Señora, aunque usté revele
en su rostro alegre calma,
usté está enferma del alma.
ADELA. Yo?
BARON. Sí.
ADELA. Pues nada me duele.
BARON. Usté necesita amor,
que para el alma es preciso,

y yo soy...

ADELA. (Levantándose.) Con su permiso
me retiro al tocador.
Pude al amigo escuchar,
que me hizo reir bastante,
mas ay! si sale el amante
voy á tener que llorar.
Y Emilio estará deshecho
aguardando á usté.

BARON. No tal.

ADELA. Usté es su hermano carnal,
vamos, su ojito derecho.

BARON. Creerá usté que yo le excito
á esa vida de extramuros?

ADELA. Los hechos son los seguros,
y á los hechos me remito.

BARON. Pues no una vez sino mil
su conducta critiqué,
y yo le prometo á usté
volver la oveja al redil.
Y le tendrá usté á su lado,
y hasta vendré yo con él.

ADELA. Ay, no haga usté ese papel,
que es bastante desairado.

BARON. Por usté, qué no haré yo?

ADELA. Todo, ménos una ofensa.

BARON. Cómo, señora, usté piensa?...

ADELA. Que la visita acabó. (Váse izquierda.)

ESCENA X.

BARON.

Lo toma por lo sarcástico
y por el lado mordaz,
y así oculta su despecho
y lo ofendida que está;
pero yo, que he dado pruebas
de conquistador tenaz,
no dejo el sitio y aguardo,
que al fin capitulará.
Nos sentaremos. *La Época*,

el diario de la ***high life.***
—«Aún la paz no se ha firmado.»
—«Ya se ha firmado la paz.»—
—«Es cierta la bancarrota
»de la casa comercial
»de Thomson y compañía;
»es gran pánico el que hay.»—
(Levantándose.) Canario, la cosa es grave,
y yo que con tanto afan
á Emilio pedí que en ella
impusiera su caudal.
Quise servir á un ajente
que envió la sociedad,
el cual me prestó *una prima*
que pronto suegra será.
Si ha seguido mis consejos
el golpe va á ser mortal;
le preguntaré; es posible
que aún le podamos parar.

ESCENA XI.

BARON y EMILIO, por el fondo.

EMILIO. (Hablando con un criado.)
Avisa al punto á Mateo
y que no recibo, estás?
BARON. Pero á mí sí me recibes.
EMILIO. Hola, pareciste ya?
Bonitas partidas juegas.
¿Cómo no fuiste á almorzar?
BARON. Se me hizo muy tarde.
EMILIO. Alguna
aventurilla quizás...
BARON. Quién sabe. .
EMILIO. Chico, tú eres
un don Juan con levisac.
Segun me ha dicho Pepito,
que he encontrado en el portal,
se suspende la comida
de la gente de cazar.

BARON. Bien: quisiera preguntarte,
tengo una curiosidad.
EMILIO. El almuerzo ha sido espléndido,
yo llegué casi al final.
BARON. Tú has impuesto algunos fondos?
EMILIO. Dónde?
BARON. En esa sociedad
de Liverpool, oceánico-
inglesa-internacional.
EMILIO. Pregúntaselo á Mateo,
aunque me haces recordar
que hoy me ha hablado de eso.
BARON. ¿Y qué?
(Ay Dios mio, qué ansiedad!)
EMILIO. Toma, que cumplió las órdenes
que le dí, era natural;
me lo aconsejaste mucho,
yo se lo mandé y en paz.
BARON. (Ay, se ha arruinado!)
EMILIO. Qué tienes?
BARON. Un calambre que me da.
EMILIO. Oye, chico, en el tramvía
hallé á una mujer sin par.
Me subí á él en lo último
de la calle de Alcalá,
y al sentarme ví á mi lado
á una rubia angelical:
empecé á ponerla varas,
y despues quise pagar
por ella, pero se opuso
con una cara de agraz...
Luégo en la Puerta del Sol
la dije al bajar detrás:
—¿Quiere usté que la acompañe,
que se puede extraviar?
—Y me respondió al momento
y con mucha urbanidad,
«caballero á la derecha,
que á la izquierda hay barro.»
BARON. Ah!
Llovía?
EMILIO. Qué, estaba seco;

fué una indirecta no más;
tomó un coche, tomé yo otro
por pura tenacidad,
pero pasaba un entierro
y el mio no pudo andar,
y fué imposible seguirla
y se escurrió y héme acá.

BARON. No me sostienen las piernas,
yo me tengo que sentar.

EMILIO. Pero tú no estás en caja.

BARON. (En la caja él mal está.
No puedo más, me hace daño
ver al pobre tan jovial.)

EMILIO. Pero, chico, ya hablas solo?

BARON. Hasta mañana.

EMILIO. ¿Te vas?
Quédate á cenar conmigo
y mi adorada mitad.

BARON. (Todos lo mismo.) Es que...

EMILIO. Nada,
te secuestro, perillan.

ESCENA XII.

DICHOS, MATEO y un CRIADO con estuches.

EMILIO. Quién llega? Mateo.

MATEO. El amo!
Deje usté ahi esos estuches
y vuelva. Los aderezos. (Váse el criado.)

EMILIO. Para que elija el que guste
mi mujer, los manda Marzo.

BARON. (Pero lo que aquí más me urge
es que lo sepa Mateo;
le daré el papel de ocultis.)

ESCENA XIII.

DICHOS y ADELA, por la izquierda.

ADELA. (¡Emilio de vuelta!)

EMILIO. Adela,

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

PEPE.

Ha perdido la cartera,
y ya registré en su cuarto,
mas no parece; Dios sabe
dónde se la habrá dejado.
No es fácil que en esta sala,
que es una pieza de paso,
se le haya caido; en fin,
yo la seguiré buscando,
y con decir no la encuentro
ya he ganado mi salario:
eh, viene visita; entónces
no busco más y me marcho.
(Se va por la derecha.)

ESCENA II.

CECILIA y JUAN.

Entran por el fondo, y se supone que hablan con un criado.

CECILIA. Pues si está en el tocador

te iba á llamar.

ADELA. ¿Qué te ocurre?
Estás malo?

EMILIO. No, á Dios gracias,
quiero que á elegir me ayudes.

ADELA. Siguen lloviendo aderezos,
cuándo acabará la nube!

BARON. (Dándole el periódico con las manos en las espaldas.)
Eh, Mateo, (no me entiende.)
Tome usté.

MATEO. (¡Qué hace este apunte,
me está quitando las moscas?)

BARON. (¡Qué torpeza! Me consume.)

EMILIO. Este de perlas. (Enseñándole un aderezo.)

ADELA Ya tengo.

BARON. Hombre, que la casa se hunde.

MATEO. Sí!

BARON. Lea usté. (Dándole el periódico.)

ADELA. Son bonitos.

EMILIO. Este no me lo rehuses.

MATEO. (Leyendo.) «Se vende un milord usado
»y á medio estrenar un duque.»
Estos sí que se han hundido.

BARON. Quiero que usté se lo anuncie.

ADELA. Color esperanza, bueno.

BARON. Lea usté y no se trabuque.
«Ha quebrado en Liverpóol,»
claramente se deduce
que si esa casa ha tronado
lo que es esta de *profundis*.

ESCENA XIV.

DICHOS y un CRIADO.

CRIADO. El milord de la señora.

ADELA. Voy.

EMILIO. Te vas y yo me quedo?

ADELA. Acompañarte no puedo,
tengo que salir ahora.
Cómo ha de ser? tambien yo

tengo asuntos muy precisos:
amigas y compromisos
de la gente *comm'il faut.*
Cómo fuera, conque así
que te diviertas deseo.

EMILIO. Pero, Adela, ese es un feo.

ADELA. El Baron te queda ahí,
que te haga reir.

EMILIO. Se va!

BARON. Señora...

EMILIO. Pero oye.

ADELA. Adios.

EMILIO. Y nos quedamos los dos?

BARON. Pues, papando moscas.

MATEO. (Como asaltado de una idea.) Ah!
(Cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

que no le pasen recado,
que somos de confianza
y en esta sala esperamos.

JUAN. Yo no lo soy.

CECILIA. Mis amigas
son tus amigas.

JUAN. Exacto.

CECILIA. Adela es una persona
de un trato agradable y franco.
Ya verás cómo te gusta.

JUAN. No digo yo lo contrario.

CECILIA. Nos queríamos muchísimo.

JUAN. Cuánto hace de eso?

CECILIA. Diez años.

JUAN. De entónces acá, Dios sabe
si habrá sufrido algun cambio.

CECILIA. No lo creo; de seguro
al verme se echa en mis brazos,
recordando aquellos tiempos
que por desgracia pasaron.

JUAN. Pues lo chistoso sería
que viviendo entre este fausto
y en un mundo tan distinto
del que nosotros estamos,
se hubiese entonado un poco
y muy serios la aguardásemos
creyendo que iba á decirnos:
«mil gracias por el buen rato,»
y nos recibiese tiesa
y más fria que un carámbano.
Tendría gracia.

CECILIA. Á tí todo
te hace mucha gracia.

JUAN. Es claro,
me la hace mi cesantía,
conque ahora no me propaso.

CECILIA. Ay, Juan, te envidio tu genio
tan calmoso y tan linfático.

JUAN. Teniendo á tí, hija mia,
lo demas me importa un rábano.

CECILIA. Pues mira, cuando en Canarias
me dijiste: «á este canario

le han limpiado el comedero
y hay que volar á otro árbol,»
si cojo al Ministro entónces,
que te trató como á un pájaro,
yo no sé lo qué le digo,
pero sí lo que le hago.

JUAN. Ya sabes que soy filósofo.
En España el empleado
sólo tiene dos sistemas
para afrontar los chubascos.
Ó tomar un berrenchin
cada vez que sufre un palo
y enfermar luégo del hígado
y morir achicharrado,
ó decir con mucha flema
al leer el real despacho:
«son percances del oficio,
y ya me iré á acostumbrando,
lo mismo que el picador
que á fuerza de batacazos
al dar contra la barrera
se piensa que cae en blando:
y yo estoy por el segundo,
que es el mejor y más práctico,
y cuando estoy en el suelo
tan solo de alzarme trato.

CECILIA. Pues yo cuando estás cesante
me doy á todos los diablos,
porque soy peor que tú
y tengo el genio más áspero.

JUAN. Oh, si tú eres una tigre,
una leona.

CECLIA. No tanto.

JUAN. Por fuera, y eres por dentro
una borreguita andando,
y cuando falta la nómina
y escasea el numerario,
sacas la máquina *Singer*
y ayudas para el garbanzo,
y eres casera económica
poco amiga de los trapos,
y tomaste el matrimonio

como yo por todo lo alto.

CECILIA. Ese es mi deber.

JUAN. Ay, hija,
en los tiempos que alcanzamos
el cumplir con su deber
es un hecho extraordinario,
y las casadas modelos
que hacen honor á San Pablo
son como los perros de aguas,
que ya se van acabando.
Por eso aunque yo he sufrido
diez arreglos, seis traslados,
tres cesantías mortales
y varios sustos y amagos,
como tú no te amilanas
yo tampoco me amilano,
y seguimos adelante
y nunca se atasca el carro.
Podrá un Ministro decirme
con más ó ménos preámbulos:
«le declaro á usté cesante,»
que es situacion de reemplazo,
quedando muy satisfecho
cuando á uno le deja harto
de su celo, inteligencia,
actividad ó amor patrio,
más jamás podrá decir:
«declaro á usté relevado
del cariño de su esposa
y los divorcio en el acto.»
Chica, *l'union fait la force.*
Conque así, Cecilia, unámonos
contra el comun enemigo,
que es el Ministro del ramo.
¿Para que se casa uno
y se parte en dos pedazos;
por tener con quien rabiar
ó á quien contar sus trabajos?
El tiempo conforme viene:
que luce el sol; á tomarlo;
que hay vendabal, agarrarse
para no venir abajo.

Tú me quieres, yo te quiero,
conque paso redoblado,
y aquí me meto que llueve,
y he dicho y aprieta manco.

CECILIA. Hombre, ten formalidad,
no estás en casa.

JUAN. Fué un lapsus,
pero á nadie dí dentera,
porque nadie se ha enterado

CECILIA. Pero mi amiga no sale.

JUAN. Y el planton va siendo largo.

CECILIA. Llamaré.

JUAN. Como tú quieras.

CECILIA. Se oye hablar.

JUAN. Y es voz de bajo.

CECILIA. Tal vez sea su marido.

JUAN. Sí, pues á ser diplomáticos.

ESCENA III.

DICHOS y EMILIO, derecha.

EMILIO. (Que se supone habla con el criado.)
Lleva á casa del Baron
los avíos de cazar
y al que me venga á buscar
que me fuí de expedicion.
Á París me voy tan fresco.
Eh, visita, no sabía.
(Huy, la rubia del tramvía.)

CECILIA. (Á Juan.) Mi seductor tramviesco.

EMILIO. Señorita, servidor.

CECILIA. No soy señorita ya,
sino señora.

JUAN. Ajajá,
señora de este señor.

EMILIO. Yo celebro... (Y qué hace aquí?
es un lance de novela.)

CECILIA. Usté es marido de Adela?

EMILIO. El mismo.

CECILIA. Lo presumí.

Pues veníamos á verla.
EMILIO. No sé si está: llamaré. (Toca el timbre.)
CECILIA. Está; ya lo pregunté;
mas quería sorprenderla.
JUAN. Y no la pasó recado,
y estamos aquí en acecho
viendo si sale.
EMILIO. Mal hecho.
CECILIA. Era un capricho.

ESCENA IV.

DICHOS y un CRIADO.

El Criado aparece en el fondo,

EMILIO. Ah, el criado!
Di á la señora que aquí
la está esperando una amiga.
CECILIA. Una amiga no, que diga
que la llama usté?
EMILIO. Yo?
CECILIA. Sí.
Sorprenderla es mi deseo.
Sale.—¿Quién?—Mira.—Ah!—«Tú!»—Yo!
—«Cecilia.»—Adela.—*Tableau*,
y abrazos y besuqueo.
EMILIO. Corriente. (Es encantadora.)
JUAN. Tiene gracia, manda ya
como en casa.
EMILIO. Bien está,
obedece á esta señora.
(Váse el Criado izquierda, y vuelve á salir á poco, yéndose fondo.)

ESCENA V.

DICHOS, ménos el CRIADO.

CECILIA. Gracias.
EMILIO. (Se sientan.) Oh! (Es que tiene chiste.)
Vienen ustedes...

CECILIA. De fuera.
JUAN. Justo, de una canariera
en que ya no dan alpiste.
Llegamos hace unos dias
de Canarias.
EMILIO. Ah!
JUAN. Difuntos;
caimos catorce juntos
por cuestion de economías.
Yo hablé á mi primo Jerónimo
para volver á la nómina,
porque siempre es una andrómina
ser un empleado anónimo.
Habla con mucha elocuencia
y es todo un ministro en ciernes,
como que todos los viernes
toma thé en la Presidencia.
CECILIA. Para hacer la digestion
que no hacemos las demas.
EMILIO. (Qué graciosa.)
CECILA. Ya verás.
como sale remolon.
EMILIO. Yo tengo algun valimiento
y á hablar por usté me obligo,
porque soy íntimo amigo
de un director de Fomento.
JUAN. De mi ramo cabalmente.
CECILIA. Mucho mejor.
JUAN. Suerte fué,
pues ya me he cosido á usté
como hace un buen pretendiente.
Yo á un clavo ardiendo me agarro.
CECILIA. Si me sigue usté...
EMILIO. (Huy, se acuerda!)
CECILIA. Ya no le diré á la izquierda
porque á la derecha hay barro.
EMILIO. Fué broma.
JUAN. Estoy enterado;
si me lo contó mi esposa.
EMILIO. Y crea usté...
JUAN. Hombre, no es cosa
de ponerse colorado.

La quiso usté acompañar
muy arrimado á la cola:
respondió mejor voy sola,»
con que ya no hay más que hablar.
Mil veces lo mismo oí
en mis tiempos de conquistas
de las tímidas modistas
que acompañar pretendí. (Se rien.)

EMILIO. (Se burla de mí esta gente?)
Pareja más singular!
Me voy. (Se levantan.)

CECILIA. Nos va usté á dejar?

EMILIO. Sí, tengo un negocio urgente.

ESCENA VI.

DICHOS y ADELA, por la izquierda.

ADELA. Me llamas, Emilio?

CECILIA. No.

ADELA. Quién...

CECILIA. Mira, si no estás ciega,
ven á mis brazos, borrega.

ADELA. Cecilia.

CECILIA. Adela. (Se abrazan.)

JUAN. (Á Emilio.) El *tableau:*
La llama borrega.

EMILIO. Y qué?

JUAN. Que tiene usté buena estrella,
y si la borrega es ella
el borrego será usté.

EMILIO. Claro, es usté muy bromista.

JUAN. Soy jocoso por instinto.

CECILIA. Repite que no me pinto.

ADELA. Siempre tan guapa y tan lista.

CECILIA. Puesto que se ha concluido
esta primera expansion,
te haré la presentacion
de mi señor y marido,
don Juan Muñoz y Redondo,
tan cesante como honrado,
que á Canarias fué empleado
y ha dado en Canarias fondo.

ADELA. Tengo un inmenso placer...
JUAN. Y yo una satisfaccion.
CECILIA. Á este otro santo varon
ya le debes conocer.
ADELA. De vista. (Con intencion.)
CECILIA. Ya lo pensé.
ADELA. Es claro, son el pan nuestro;
por supuesto, hoy te secuestro.
CECILIA. Horror.
ADELA. Lo mismo que á usté.
JUAN. Bien, pero ustedes tendrán
formado el plan para hoy.
ADELA. Yo sin compromiso estoy
y no tengo ningun plan.
JUAN. Tal vez su señor marido
quiera lucir á su esposa
como es muy justo, y no es cosa...
ADELA. No, con él ya me he lucido.
EMILIO. Me voy de caza unos dias.
JUAN. Mayor ó menor?
EMILIO. No sé.
ADELA. Pues acompáñele usté.
EMILIO. (Uy!)
CECILIA. Así te distraías.
JUAN. Hace años fuí á cazar
y cuatro liebres cogí;
cuatro caidas que dí
que me pude reventar.
No me expongo yo á un fracaso.
EMILIO. No se viene usté conmigo?
JUAN. Sí.
EMILIO. Veremos á ese amigo.
(Saldré cuanto ántes del paso.)
CECILIA. Nos protege y va á Fomento
á hablar con un director.
ADELA. Hombre, sí, hazlo con calor.
CECILIA. Y socorra usté á un hambriento.
EMILIO. Le diré que sea franco.
Conque vamos.
JUAN. Ah!
EMILIO. Qué pasa?
JUAN. No ofrecí á ustedes mi casa.

Tesoro, seis, sotabanco.

CECILIA. Quizá San Pedro nos cobre
Ya ves qué epigrama, chica,
en una calle tan rica
habitar gente tan pobre.

JUAN. Calle rica?

EMILIO. Caballero...
(Este hombre habla más que un loro.)

JUAN. Te engañas: si en el Tesoro
es donde hay ménos dinero.

EMILIO. Pero viene usté ó no viene?

JUAN. Abur. (Haciendo ademan de abrazar á su mujer.)

CECILIA. Uy, íba á abrazarme.

JUAN. Es mi costumbre al marcharme.

ADELA. Qué buenas costumbres tiene.

EMILIO. No lo deje usté por mí.
(Pero qué par de pichones.)

JUAN. Pido á ustedes mil perdones...

ADELA. No hay de qué.

JUAN. Si me excedí.

CECILIA. Tu esposo lo mismo hará.

ADELA. Sí, á veces.

CECILIA. Pues, caballero,
abrázela usté primero,
y aquí se repetirá.
Un abrazo nunca sobra.

EMILIO. Pero si es una tontera.

ADELA. Dame un abrazo siquiera
por no hacerles mala obra.

JUAN. Se va usté á hacer de rogar?

EMILIO. (Esto ya no tiene nombre.)
Adios, hija. (Abrazándola.)

ADELA. Aprieta, hombre.
que no me vas á quebrar.

JUAN. Adios. (Abrazándola.)

CECILIA. Vuelves?

JUAN. Sí.

CECILIA. Á ver cómo
usté al director persuade.

JUAN. Cuando usté quiera, cofrade.

EMILIO. Cuando usté guste, palomo.
(Vánse por el fondo.)

ESCENA VII.

ADELA y CECILIA.

ADELA. Mil gracias por el abrazo.
Dios te lo pague.
CECILIA. ¿Pues qué,
no es marido que acostumbra
á abrazar á su mujer?
ADELA. No se permite esos lujos,
que yo hace tiempo olvidé!
CECILIA. Conque no es gato casero?
ADELA. No tal, es gato montés.
CECILIA. ¡Y se lleva á mi marido!
me lo va á echar á perder.
Juan, Juan.
ADELA. Ya estarán muy lejos.
CECILIA. No va con él si lo sé,
que las malas compañías
pierden á un hombre de bien.
ADELA. Pero no es ningun chiquillo.
Ea, tranquilízate
y vamos á echar un párrafo.
CECILIA. Corriente, aunque sean tres. (Se sientan.)
ADELA. Por supuesto, no debía
ni saludarte.
CECILIA. ¿Por qué?
ADELA. Sin escribirme una carta
en tantos años.
CECILIA. En diez.
Cuando salí del colegio
en Alcoy me casé
con Juan que, como empleado,
anda más que un tren expres;
hija, y con hacer el mundo
y volverlo á deshacer,
no tengo un minuto libre
para emborronar papel.
ADELA. Tú recibiste mi esquela?
CECILIA. Sí; mas no te contesté,
porque entónces nos cambiaron

desde Búrgos á Jerez.

ADELA. Ah, pícara.

CECILIA. Ahora que vine
á la córte á pretender,
dije á Juan: «á ver á Adela,
mi amiga de la niñez.»

ADELA. Mas confiesa que conmigo
has sido ingrata.

CECILIA. Pequé.

ADELA. *Absolvo peccatis tuis.*

CECILIA. Pues beso al cura y amen.
Conque dime, tu marido
no es el tipo amante y fiel
que en el colegio soñábamos
con ingénua candidez?

ADELA. No tal, es el contra-tipo.

CECILIA. De veras?

ADELA. Todo al revés,
un marido homeopático,
porque apenas se le ve,
es de aparato tan solo
y por el bien parecer
como el coche de respeto
que lleva detrás el rey.

CECILIA. Picaronazo.

ADELA. Su padre,
cuando huérfana quedé,
fué mi tutor, me trataba
con paternal interés,
y creyendo hacer mi suerte
dejó dicho al fallecer,
que fuese mi esposo Emilio,
á quien de niña traté.
Él que se hallaba viajando
tuvo al punto que volver
á encargarse de la casa
segun mandaba la ley.
Supo que era su futura
y sin duda le gusté,
cuando me ofreció su mano
y nos casamos al mes.
Yo, que soy agradecida

al jurarle eterna fé,
el amor que tuve al padre
duplicado puse en él.
La luna de miel fué un soplo,
un relámpago, y despues
volvió á lanzarse á la vida
de esta revuelta Babel;
y es natural, en la calle
aún no han podido saber
si soy amable ó gruñona,
si sé latin ó francés.
No pone á mis gastos tasa,
vivo con esplendidez,
y hasta me regala joyas,
pero á palo seco.

CECILIA. Pues,
para ver si te alucina
y por cumplir; como aquel
que va dejando tarjetas
á los que no quiere ver.

ADELA. Ignora que de ese modo
jamás se calmó la sed
de cariño y de ternura
que ambiciona la mujer.
Qué se diría en los círculos
del gran mundo, en los cafés,
los pasillos de la Ópera
y hasta en el *Skating-club*,
si siempre fuese conmigo
á paseo, á las soarées,
como esos maridos *cursis*
que aún por fortuna se ven?
Que se hallaba esclavizado
por mí, tirano cruel,
que le trataba lo mismo
que á un negro del Dahomey.
Bueno y santo que le manden
y le exploten en tropel
todo género de amigos
y señoras de alquiler,
y en el teatro las floreras
que le dan siempre un clavel

y hasta las que venden céntimos
con cara de somaten,
pero su mujer? oprobio,
vergüenza é insensatez!
y así huyendo de un tirano
se encuentra con más de cien.

CECILIA. Bravo, bien, ni Castelar
estaría á tu nivel;
y basta de cosas tristes.

ADELA. ¿Cómo es el tuyo?

CECILIA. Al revés.
Et tipo que yo soñaba,
marido y novio á la vez
á los seis años estamos
en plena luna de miel.

ADELA. La mia salió eclipsada.

CECILIA. Nos llamaban en Jaen
el matrimonio merengue;
bien les hice relamer.
Cuando Juan está empleado
vivimos con sencillez,
ahorrando, y cuando hay borrasca
trabajo si es menester;
tú sabes cómo me anuncia
que nos quedamos á pie?
diciéndome, chica, saca
la máquina de coser.

ADELA. Ay, por Dios, vivid conmigo,
á ver si el milagro haceis
de que con tan buen ejemplo
más amerengado esté.

CECILIA. Gracias. Tenemos los pobres
nuestro orgullito tambien,
y yo sigo en mi farmacia,
ya sabes, Tesoro, seis.
Ya pensaremos el medio
de convertir á ese infiel,
que cree que está en Turquía
y puede tener haren.
Yo te lo traeré al terreno
fácilmente: anteayer
me hizo el coco en el tramvía

conque yo bailar le haré.

ADELA. Pues mira, tambien un íntimo
amigo de su merced,
me hace á mí el mismo animal,
pero con distinta piel.
Tenemos que hablar muchísimo.
Saldremos.

CECILIA. Espero á ver
qué nuevas trae de Fomento
mi enamorado doncel.

ESCENA VIII.

DICHAS y MATEO, por el fondo.

MATEO. (Ap.) (Pues señor, estoy resuelto
y he cerrado el escritorio.
Está el ama con visita,
no es el momento apropósito.)

ADELA. (Quién.) Mateo, no te vayas.

MATEO. Perdone usté si incomodo.

ADELA. Tú te acuerdas de Mateo?

CECILIA. Ya lo creo, el mayordomo
que al colegio nos llevaba.

ADELA. Mírale.

CECILIA. Está muy canoso.

ADELA. Ven y mira á esta señora.
¿Quién es? no caes? ah, bobo!

MATEO. La señorita Cecilia!

CECILIA. La misma.

MATEO. Ya veo poco.
Ay, Jesús, cuánto me alegro
de ver á usté entre nosotros;
de fijo le señorita
está bailando de gozo.

ADELA. No sabes que está casada?

MATEO. Ah, sí; y su señor esposo?

CECILIA. Tan bueno. Ha salido y vuelve.

ADELA. Esta sacó el premio gordo.
Por qué no viniste ayer?

CECILIA. Me mudé, y es un trastorno.

MATEO. Eran sus dias.

CECILIA. Perdona,

lo ignoraba.
ADELA. Te perdono.
MATEO. De fijo la señorita
dijo á usté en todos los tonos
que la abruma la riqueza.
ADELA. Estábamos en el prólogo.
MATEO. Que quisiera ser más pobre
de galas, joyas y adornos,
y más rica de cariño
y de amor en su consorcio.
CECILIA. Para que al nido volviera;
pues era un remedio heróico.
MATEO. Esa es su manía.
ADELA. En sueños
consigo mi afan tan sólo,
y sueño que somos pobres,
pero que somos dos tórtolos.
Despues te lo contaré,
es un sueño muy gracioso.
Ea, salimos ó no,
el cielo se pone fosco.
(Dirigiéndose al balcon.)
MATEO. Pobrecilla.
CECILIA. Sí.
MATEO. Ha soñado
lo que salió cierto.
CECILIA. Cómo?
MATEO. Es una desgracia inmensa.
ADELA. Parece que aclara un poco.
Vente al tocador conmigo
mientras vuelve tu palomo.
CECILIA. Ya te sigo.
ADELA. Hola, tú quieres
quedarte en largo coloquio
con Mateo, y tomar datos
para obrar con más aplomo.
CECILIA. Sí, justo, eso es.
ADELA. Entónces
me marcho y os dejo sólos.
No tardes. (Ya con Cecilia
se me hará el tiempo más corto.)
(Váse izquierda.)

ESCENA IX.

MATEO y CECILIA.

CECILIA. Cuenta qué ha sido.
MATEO. Que el amo,
que es un bendito en el fondo,
escuchando los consejos
del que quiere ser su socio,
me hizo imponer su fortuna
en la casa inglesa *Thomson*,
que ha quebrado en *Liverpool*,
segun dicen los periódicos.
Ya ve usté.
CECILIA. Oh, qué desgracia!
más siempre habrá un medio honroso
de conjurar la tormenta.
MATEO. Hay que sujetarse al Código,
y nada más.
CECILIA. Arruinados!
si no vuelvo de mi asombro.
Adela lo sabe?
MATEO. No.
CECILIA. ¿Y el señorito?
MATEO. Tampoco;
ya se lo dirán por fuera.
ADELA. (Dentro.) Cecilia.
CECILIA. Voy. Por de pronto
no saldremos á paseo.
MATEO. Me parece lo más lógico.
CECILIA. Puede una amiga indiscreta,
sin andarse en circunloquios,
decírselo de repente.
MATEO. Justo; y siempre es un bochorno.
CECILIA. Mateo, ahora es cuando yo
quisiera nadar en oro
para decirles: amigos,
cuanto tengo es de vosotros,
pero si es grande el deseo
los recursos son muy cortos,
y un empleado ambulante

hace más deudas que ahorros.
ADELA. (Dentro.) Cecilia, no vienes?
CECILIA. Voy.
Pero dispon de nosotros
para todo lo que creas,
que los dos útiles somos.
Casa, servicio y personas
á tus órdenes lo pongo.
De seguro mi marido
se queda al saberlo atónito:
si vuelve dile que espere
y ponle en autos de todo.
MATEO. Así lo haré.
CECILIA. (Pobre Adela,
lo que es yo no la abandono.)
(Váse izquierda.)

ESCENA X.

MATEO y á poco el BARON.

MATEO. Esta sí que es una amiga
de empuje y de corazon,
y no esas de relumbron,
gran corteza y poca miga,
que si saben lo que pasa
vendrán de mucha etiqueta
á dejar una tarjeta
con las señas de su casa.
BARON. (Fondo.) (Voy á ver si ya lo sabe.)
Me enteraré. Quién, Mateo...
MATEO. Ya está aquí ese macabeo,
pues señor, me pondré grave.
Ay.
BARON. (Suspira, es natural.)
Hola, Mateo.
MATEO. Ah!
BARON. Soy yo.
MATEO. Dispense usté, me asustó.
BARON. ¿Y cómo vamos?
MATEO. Tal cual.
BARON. ¿Y el señorito?

MATEO. Ha salido.
BARON. Sabes...
MATEO. Si apenas le ví...
BARON. Yo tampoco me atreví.
MATEO. Es usté muy encogido.
BARON. Cuando la señora ayer
nos dejó...
MATEO. Sí, en la estacada.
BARON. Nos salimos de escapada
á los Cisnes á comer,
y no era momento aquel,
ni encontré forma ni modo
de decirle...
MATEO. Sobre todo
cuando convidaba él.
BARON. Ni es tampoco tan sencillo,
ni á un amigo se descubre...
MATEO. Ni iba usté á darle ese *ordubre*
á modo de pepinillo.
BARON. Nos fuimos despues al Real,
y á cenar; luégo él se fué,
y yo me marché al café,
donde hice punto final.
MATEO. (Pues ya lo saben por tí
en Madrid y sus contornos.)
BARON. Allí se lo dije en Fornos
á los amigos que ví.
MATEO. Ha sido usté el trompetero,
le ha cabido á usté ese honor.
BARON. Y Adela?
MATEO. En el tocador
con una amiga.
BARON. Pues quiero ..
MATEO. Ya, darla el escopetazo?
No lo sabe todavía.
BARON. Ah, entónces...
MATEO. Eso sería
dispararla un trabucazo.
BARON. Yo soy un amigo fiel.
MATEO. (Y bien probado lo tienes.)
BARON. Poseo en la Alcarria bienes.
MATEO. Pues no le gusta la miel.

BARON. Esta noche no he dormido.
MATEO. Le sentó á usté mal la cena?
BARON. Hombre, no.
MATEO. Ah, creí...
BARON. De pena
por Adela.
MATEO. Y su marido?
BARON. Tambien por él, claro está;
pero hay que compadecer
mucho más á la mujer,
porque es la más débil.
MATEO. Ya.
BARON. Si no tarda mucho, espero.
MATEO. Justo, espérala... sentado.

ESCENA XI.

DICHOS y JUAN por el fondo muy alterado.

JUAN. Jesús, vengo sofocado.
BARON. Quíén es este caballero?
JUAN. Y Cecilia, mi mujer?
MATEO. (Es su esposo.) Dentro está.
Y el amo?
JUAN. Luégo vendrá.
Ay, no me puedo tener! (Sentándose.)
MATEO. Se ha mojado usté?
JUAN. Bastante,
ha caido un chaparron
y yo llevaba baston
cuando eché á correr delante.
MATEO. Qué ha pasado?
JUAN. Pues señor,
fuimos los dos á Fomento
y nos recibió al momento
su amigo, que es Director.
Se puso al vernos de pie,
la mano á Emilio estrechó
y muy amable exclamó:
«Siento el disgusto de usté.»
Me han dicho que usté tenía
todo el caudal realizado

en la casa que ha quebrado
de Thomson y Compañía.»
«Ha quebrado, santo cielo!»
dijo Emilio con sorpresa,
apoyándose en la mesa
para no caer al suelo.
Yo á sostenerle acudí
que estaba como un difunto,
el otro vió el golpe al punto,
y volviendo sobre sí,
«lo sé por un compañero»
añadió, «que en el café
lo oyó á un títere que fué
á propalarlo el primero.»

BARON. Cómo títere? Yo fuí
quien la desgracia contó.

JUAN. Usté?

MATEO. (Bien te conoció.)

JUAN. Yo refiero lo que oí.

MATEO. Diga usted, qué es del señor?

JUAN. Se fué á casa de Guerrero,
que creo que es un banquero,
para enterarse mejor.

BARON. Es amigo de la infancia,
Voy á ver si está aún allí.

MATEO. (Sí, porque estorbas aquí.)

JUAN. (Que señor tan sin sustancia!

BARON. Ya volveré... (á consolarla.)
No debo cejar ahora.)
Ah, que sepa la señora
que he venido á visitarla.
No es visita de etiqueta,
sino de amistad. (Dándole una tarjeta.)

MATEO. Ya sé,
tendré que doblarle á usté...
la punta de la tarjeta.

BARON. Bien. Servidor.

JUAN. Servidor...

BARON. (Este es el perro mastin;
más como yo triunfe al fin
será ménos ladrador. (Váse por el fondo.)

ESCENA XII.

JUAN, MATEO y á poco CECILIA y ADELA.

MATEO. Qué trasto!
JUAN. Si usté quisiera...
MATEO. Mande usté.
JUAN. Pasar aviso
á mi mujer que ya he vuelto.
(Hay para perder el juicio.)
MATEO. Voy. (Parece muy buen hombre.)
CECILIA. (Izquierda.) Mateo, ya no salimos,
cómo llueve... Juan!... no sabes?
JUAN. Sí, todo, y tambien Emilio.
CECILIA. ¿Pero te has mojado?
JUAN. Un poco.
ADELA. (Izquierda.) Cecilia, dónde te has ido?
Hola, ya dió usté la vuelta,
y qué?
JUAN. (Yo no se lo digo.)
Pues, promesas... lo de siempre...
se enteró de mis servicios.
ADELA. Está usté muy alterado.
CECILIA. Se ha mojado y quizá el frio...
es preciso que te seques,
la humedad daña muchísimo.
ADELA. Vé al despacho; hay chimenea,
y le darán otro abrigo.
CECILIA. Acepto el ofrecimiento,
hija, qué quieres, le cuido,
porque de estas gangas pocas.
ADELA. Haces muy bien, cuida al niño.
(Mateo pasa á avisar al criado de Emilio.)
JUAN. (Pobrecilla, me da pena.)
MATEO. Ya está el criado advertido.
CECILIA. (Á Mateo.) Empezaba á prepararla,
mas me quedé en el principio.)
(Vánse derecha.)

ESCENA XIII.

ADELA y MATEO.

ADELA. No vuelve muy satisfecho.
Lo siento porque le estimo.
Dí, qué hablaste con Cecilia
que entró con el rostro lívido
y no ha hecho más que decirme:
Adela, cuenta conmigo.
MATEO. Yo... no...
ADELA. Calle, tambien tú
estás cariacontecido.
¿Ocurre alguna desgracia
ó amenaza algun peligro?
MATEO. Es segun.
ADELA. Algo sucede,
vas ahora mismo á decírmelo.

ESCENA XIV.

DICHOS y EMILIO, agitado.

EMILIO. (Fondo.) Mateo, Mateo.
MATEO. El amo.
ADELA. Emilio, te sientes mal?
vienes agitado.
EMILIO. No.
ADELA. (Vírgen santa, qué será?)
EMILIO. Oye, impusiste los fondos
en la casa comercial
de Thomson y Compañía?
MATEO. Usté lo mandó.
EMILIO. Es verdad,
pero ha quebrado y entónces
yo estoy arruinado.
ADELA. (Ah!
esa será la noticia
que no me querían dar!

Oh, por qué me causa pena
el ver logrado mi afan?)

EMILIO. Tenemos fondos?

MATEO. Los que hay
responden á obligaciones
que á fin de mes vencerán.

EMILIO. Mi honra está comprometida,
me va este golpe á matar.

ADELA. (Oh, no, yo debo animarle.)
Emilio, serenidad;
por Dios, con desesperarnos
no conjuramos el mal.

MATEO. Dice bien la señorita.

ADELA. Todo se puede arreglar,
cercenamos nuestros gastos,
nos reducimos y en paz.

MATEO. Por mi parte ofrezco á ustedes
capear el temporal,
y no suspender los pagos
sino en una extremidad.

EMILIO. Vende fincas, coches, todo
para aumentar el caudal
que responda del pasivo,
aunque me quede sin pan.

ADELA. Por estrechos que vivamos
nunca quejarme me oirás
y contigo me resigno
á vivir en un desvan.

EMILIO. Adela!

MATEO. Es un ángel.

ADELA. Ea,
pues tú el ejemplo me das
haré mis economías
y liquidacion—formal.
Te entrego mis aderezos,
son bastantes, y ojalá
toda la tienda de Marzo
te la pudiera entregar.

EMILIO. Mas yo permitir no puedo...

ADELA. Yo mando en mi propiedad.
Pues estaría bonito
que te supieses privar

de las mil comodidades
á que acostumbrado estás,
y yo siguiera luciendo
trajes y aderezos, ¡bah!
yo me he casado contigo
y no con tu capital;
que eres rico, gasto trajes
nevados y sin nevar;
que eres pobre, me contento
con un traje de percal.
En teniendo tu cariño,
qué me importa lo demas?

MATEO. (Ahora la daría un beso!
me dan ganas de llorar.)

EMILIO. Oh, gracias!

ADELA. Es que no sabes
de lo que yo soy capaz.

EMILIO. Lo que siento es que ahora todos
por mera curiosidad,
me abrumarán á preguntas
y el pésame me darán.

ADELA. Y muchos que te explotaban
tendrán inmenso pesar,
porque estando tú arruinado
el filon se les fué ya.

EMILIO. Quisiera encontrar un medio
que no achacaran á mal
de salir fuera unos dias
y huir de la sociedad.

MATEO. Pues bien, yo encontré ese medio.

ADELA. Dí; Mateo es muy sagaz.

MATEO. No está usté diciendo siempre
que á Alhama se va á curar?

EMILIO. Sí.

MATEO. Pues yo sigo pagando
y ustedes se van allá,
y están una temporada,
quince dias bastarán.

EMILIO. Bueno.

ADELA. (Con él quince dias!
voy á tener que bailar
de gozo, porque me arruino;

lance más original!)
Partiremos esta noche.
(Yo no lo dejo escapar.)
EMILIO. Como quieras, yo estoy listo.
ADELA. Pronto se arregla un cabá.

ESCENA XV.

DICHOS, CECILIA y JUAN.

JUAN. Ea, ya estoy seco.
EMILIO. Calle,
aquí Cecilia y don Juan!
CECILIA. Le sequé á la chimenea,
me tomé esa libertad.
EMILIO. Usté manda en esta casa.
MATEO. Ya nada ignora.
JUAN. (Á Emilio.) Qué tal?
se halla usté bien?
EMILIO. Sí.
JUAN. Ahora y siempre
cuente usté con mi amistad.
CECILIA. Adela!
ADELA. Cecilia mia!
CECILIA. Hija, me perdonarás,
pero no sabía cómo
darte la nueva fatal.
Cómo te sientes?
ADELA. Me encuentro
de un modo muy singular.
Me apesadumbra que Emilio
sufra ese golpe mortal,
y me alegra ver mi sueño
convertido en realidad;
por eso tan encontrados
mis sentimientos están,
y estoy alegre y muy triste
y rio y lloro á la par.
CECILIA. Pobre Adela.
MATEO. Ya anochece

y el tren va á salir..

CECILIA. Se van?

ADELA. Sí, nos marchamos á Alhama.

CECILIA. Á Alhama? qué atrocidad!

JUAN. Con este tiempo tan húmedo
van ustedes á enfermar.

EMILIO. Por huir de las visitas.

MATEO. De pésames y demas.

CECILIA. Pues sería más prudente
venirse á mi palomar.

JUAN. Mientras el tiempo serena.

CECILIA. Es lo más sano que hay.
Se ve el Pardo.

JUAN. Donde iremos
todos al fin á parar.

CECILIA. Y para los cuatro tiene
bastante comodidad.

MATEO. No es mala idea; y se dice
que están ustedes allá.

ADELA. Yo por mí si Emilio quiere...

EMILIO. Lo dejo á tu voluntad.

CECILIA. Pues entónces ya no hay duda
y queda aceptado el plan.

ADELA. Me echo el velo en un minuto.
(Entra y vuelve á salir á poco con él puesto.)

EMILIO. Mateo, á vernos irás.

MATEO. Un dia si y otro tambien.
Tenga usté tranquilidad,
que le enteraré de todo.

ADELA. Ya estoy hasta con cabá.

JUAN. Ni ese adminículo falta.

MATEO. Y ahora de dos en dos
en paz y en gracia de Dios...

CECILIA. Sí, justo; á Alhama... la alta.
(Juan da el brazo á Cecilia y Emilio á Adela.)

JUAN Qué cuarteto mas lucido!

MATEO. Y en casa al perro se deja.

JUAN. Cada cual con su pareja.

CECILIA. Cada cual con su marido.

ADELA. De su brazo! qué alegría!
hoy mi boda se celebra,
¡bendita sea la quiebra

de Thomson y Compañía!

(Echan á andar y Mateo los sigue saludándolos. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Habitacion modestamente amueblada. Puerta en el fondo y laterales. Sillas y brasero. Máquina de coser y camilla.

ESCENA PRIMERA.

EMILIO y JUAN.

JUAN. Valor y no amilanarse,
si los pagos continúan
la bancarrota es á medias,
como quien dice, presunta.

EMILIO. Es verdad, mas lo que siento
es que Adela por mi culpa
pueda verse reducida
á una indigencia segura.

JUAN. No es de usté la culpa toda,
y los negocios fluctúan,
y el que se arriesga en empresas
ya es sabido, ó se hunde ó triunfa.

EMILIO. Mas yo por imprevision,
como dirá la voz pública,
arriesgué todos mis fondos
en una jugada única.

JUAN. Y despues de todo Adela

con gusto á brillar renuncia,
y está más entretenida
y mas contenta que nunca.
Al ménos, así lo dice;
y lo prueba su conducta;
y tragina con Cecilia
y á sus quehaceres le ayuda.
Por la noche ó muy temprano
en sus mantos se arrebujan,
y van á misa ó de tiendas
y á nadie ven ni saludan.

EMILIO. Salieron?

JUAN. Ya hace un buen rato
han ido á buscar costura
á un bazar de ropa blanca
llamado, «El Sol de la Industria.»

EMILIO. Oh, pobre Adela; es horrible
que siendo inocente sufra
las funestas consecuencias
de mi torpeza ó mi incuria.

JUAN. Pero si ella se conforma,
por qué usté tanto se angustia?
Con quererla más la paga
su abnegacion con usura.
Las mujeres son lo mismo
que los diamantes; las unas
como los americanos
no valen lo que figuran,
las otras son piedras finas
de gran precio y hermosura,
y que cortando el cristal
toda su bondad denuncia.
Y el cristal es la desgracia
en la marital coyunda;
la buena esposa lo quiebra,
la mala en él se despunta.
Nosotros dos, que tenemos
conforme manda la rúbrica,
dos diamantes conyugales
de inestimable finura,
debemos cuidarlos mucho,
que hoy esas joyas no abundan,

y mostrarnos orgullosos
de nuestra rara fortuna.
Como esos elegantones,
que para alfileres usan
diamantes de gran valor,
que como nueces abultan,
y con el pecho sacado
van diciendo: «atrás, gentuza,
«boca abajo todo el mundo,
»que este diamante deslumbra.»

EMILIO. Me hará usté reir.

JUAN. Es claro:
quiere usté que contribuya
á fomentar su tristeza
y á contarle desventuras?
Mi deber, ya que me ha honrado
elevándose á mi altura,
es tratar de distraerle
mientras la tormenta ruja.
Tanto es así, que si usté
consolarse no procura
creeré que está mal aquí
y de nuestro afecto duda.

EMILIO. Eso jamás, y me ofende
si tan ingrato me juzga;
pero me aflige este golpe
que otros mayores me anuncia,
y estoy resuelto á vencer
ó á sucumbir en la lucha.

JUAN. Qué dice usté, amigo mio?
No haga usted una locura.

EMILIO. Encargo á usté la reserva.

JUAN. Segun, aunque no me gusta
ser parlanchin, yo no debo
ser cómplice.

EMILIO. Usté me escucha?

JUAN. Sí; pero el caso es que el hombre
no debe perder la brújula.

EMILIO. Saldré para Liverpool
en cuanto fondos reuna,
y si allí en la fuente misma
pierdo mi esperanza última,

me embarcaré para América
á rehacer mi fortuna.

JUAN. Va usté á abandonar á Adela?

EMILIO. Voy á reparar mis culpas.

JUAN. Pero eso es matarla, vamos,
tenga usté calma y cordura.

EMILIO. Ya lo he resuelto.

JUAN. Los hombres
tambien de opiniones mudan,
y usted no es aragonés,
que es raza muy testaruda.

ESCENA II.

DICHOS y MATEO por el fondo.

MATEO. Se puede pasar?

EMILIO. Mateo!

MATEO. Buenos dias nos dé Dios.

JUAN. Muy buenos.

MATEO. Hoy llego tarde,
se me ha parado el reló.
Sigue usté bien, señorito?

EMILIO. Sí, Mateo, bien estoy.

JUAN. Pero quiere irse á Inglaterra,
y eso sería un horror.

MATEO. Cómo?

EMILIO. Á Liverpool me llama
mi propio decoro.

MATEO. (Oh,
no se irá.)

JUAN. Y despues á América,
que es el remedio peor.

MATEO. Y las señoras?

JUAN. Tan buenas;
fueron á su obligacion.
Adela está contentísima
con un apetito atroz.
Claro, aquí el aire es purísimo,
oxígeno superior;
como es de primera mano

sienta muy bien al pulmon.
EMILIO. Sigues al frente de todo
y pagando?
MATEO. No que no,
mientras quede un perro chico
allí estará el pagador.
Por lo demas nada ocurre
y traigo el correo de hoy.
JUAN. Pero eso es una balija.
MATEO. Hay muchas del interior.
EMILIO. Serán pésames de boca
y de buena educacion.
JUAN. Eso de seguro.
EMILIO. Y dime,
nadie por mí preguntó?
MATEO. Sí, antes de ayer al portero
fué á preguntar el Baron.
JUAN. Él fué de la bancarrota
el trompetero mayor.
EMILIO. Pero es mi mejor amigo.
MATEO. Conserve usté esa ilusion.
EMILIO. (Hice bien en avisarle,
y así esa prueba le doy.)
MATEO. No va usté á leer las cartas?
EMILIO. No me encuentro ahora de humor.
Á Thomson y Compañía
debo anunciarles que voy;
y á Paris, tengo banqueros
que íntimos amigos son.
JUAN. Pero usté ha reflexionado...
EMILIO. Me va usté á hacer un favor?
JUAN. Cuál?
EMILIO. Repasar con Mateo
las cartas.
JUAN. Pero por Dios!
EMILIO. Luégo me dicen ustedes
lo importante, y se acabó.
(Entra en el cuarto de la derecha.)

ESCENA III.

JUAN y MATEO.

JUAN. Nada, se ha empeñado en irse,
el hombre tiene teson;
yo lo siento por Adela.
MATEO. No se irá, respondo yo.
Y ha estado estos ocho dias
muy triste?
JUAN. Sí, hecho un huron,
que es el anuncio sin duda
de la bomba que hoy saltó.
Ya anochecido salimos
á dar un trote los dos
envueltos en nuestras capas
con sigilo y precaucion;
mas como es tan conocido
y á los baños se marchó,
vamos siempre haciendo eses
por temor á un encontron.
Y de repente me dice:
«por allí viene Quirós»
y á la otra acera corriendo
«huy, aquel es Armengol,»
y hacemos otra pasada
feriando algun pisoton,
y parecemos tramposos
cuando ven á un acreedor.
Y esas cartas las leemos?
MATEO. Á usté le cedo ese honor;
ya haremos los comentarios.
JUAN. Pues empiezo y atencion.
(Leyendo.) «Querido primo: He sabido tu »desgracia, y cree que pocos lo sentirán »tanto como yo. Estoy pronto á ofrecerte el »dinero que necesites, pero...»
MATEO. No siga usté, que ese pero
ya todo su fruto dió.
JUAN. Es claro, siendo de un primo
era seguro el sofion.

(Leyendo.) «Querido Emilio. ¿Es cierto lo »que me han dicho? ¿Has hecho bancarrota? »Me necesitas? Quieres algo?»
Huy, parece un catecismo,
pues no es poco pregunton.

JUAN. Cuentas propias.

MATEO. Sí, y agenas,
es muy rumboso el señor.

JUAN. Hola, letra femenina
y una u de corazon.

MATEO. Es la Virtudes... de mote;
pues ya la patita alzó.

JUAN. (Leyendo.) «Hemilio... iba á enviar *tela cuenta cuandoesa bido tufu ga lama Ay vá*! Que *tea livies. Tulla* Virtudes. *Pos data. Boy a París* con *un higo* de un marqués.

MATEO. Buen viaje.

JUAN. Qué alma tan noble.

MATEO. Qué letra y qué redaccion.

JUAN. Claro, escribe como baila,
con los piés; es de rigor.
Los demas serán lo mismo,
pésames de mogollon.

MATEO. Han llamado.

JUAN. Serán ellos.

MATEO. La señorita, es su voz.

ESCENA IV.

DICHOS, ADELA y CECILIA, entran por el foudo.

ADELA. Á mí el andar no me pesa.

CECILIA. Por fin llegamos al cielo.

ADELA. Voy á levantarme el velo,
que ya el incógnito cesa.

MATEO. Muy buenos dias, señoras.

ADELA. Tenlos muy buenos, Mateo.

MATEO. Ustedes por lo que veo
siempre tan madrugadoras.

JUAN. Es muy sano el madrugar.

CECILIA. La medicina mejor.

ADELA. No tengo muy buen color?
MATEO. Si ha empezado usté á engordar.
ADELA. ¿Y Emilio?
MATEO. Dentro escribiendo.
JUAN. Esa es la gran medicina.
CECILIA. ¡Ay, qué escalera tan pina!
JUAN. Ya bajaremos si asciendo.
MATEO. Aquí más que en otras partes
son estas torres comunes.
CECILIA. Se empieza á subir en lúnes
y se llega arriba en mártes.
ADELA. Fué andaluz tu padre?
CECILIA. No.
Lo era mi abuelo.
ADELA. Pues basta,
haces honor á tu casta.
CECILIA. Ya me lo sabía yo. (Rien.)
MATEO. De qué buen humor están!
JUAN. Es de lo que no se usa.
MATEO. (El amo no tiene excusa..,
si habré logrado mi plan?)
JUAN. Qué traes ahí?
CECILIA. Trabajo
para la máquina.
JUAN. Bueno.
ADELA. La ayudaré.
CECILIA. Y la condeno
á estar cosiendo á destajo.
Es del gran bazar; por cierto
que segun nos han contado,
el lance que hoy ha pasado
haría reir á un muerto.
Don Ramon, el principal,
tomó ayer mancebo nuevo,
era gallego el mancebo
sin práctica comercial,
y esta mañana al poner
letreros en cada prenda...
ADELA. Hizo aquello una merienda
que no había más que ver.
CECILIA. Y fué preciso arreglar
de nuevo el escaparete,

y el mozo lió el petate
y se volverá al lugar.

MATEO. Pero usté no me pregunta
cómo van nuestros asuntos?

ADELA. Estamos los cuatro juntos
y es deliciosa esta junta.
Tengo á Emilio noche y dia
y aquí me encuentro en mis glorias,
déjame en paz y memorias
á Thomson y Compañía.

CECILIA. Vales un mundo.

ADELA. Un baul?

JUAN. No, es un mundo sublunar.

MATEO. Pero aún se puede arreglar
la cuestion de Liverpool.

ADELA. Que no se arregle tan pronto;
la quiebra tiene ventajas
y no me llueven alhajas
ni paso la vida en tonto.
Ocúltale la verdad
si se arregla á mi marido,
ay, Mateo, te lo pido
con mucha necesidad.

MATEO. Haré lo que usted me exija
aunque los fondos rocobre.

JUAN. Vamos, que quiere ser pobre.

CECILIA. Qué mal gusto tienes, hija.

JUAN. La una, voy al café,
me citó el primo á las doce.

CECILIA. Ya tu pachorra conoce.

JUAN. Anoche le dieron té.

CECILIA. Y á tí que te dan?

JUAN. Discurro
que á mí me darán turron.

CECILIA. Eres un santo varon
que crees que vuela un burro.

ADELA. Y por qué has de pensar mal?

JUAN. Mi gratitud será inmensa
y donde ménos se piensa
salta...

MATEO. Pues, la credencial.

JUAN. Yo voy á ver lo que salta.

ADELA. Celebraré que sea un pavo.
MATEO. Ó algun faisan.
JUAN. Pronto acabo
y vuelvo á subir sin falta.
CECILIA. La Magdalena te guíe
y nos dé algun alegron.
ADELA. Mejor San Pascual Bailon
que es santo que baila y rie.
CECILIA. Pues que te guien los dos.
ADELA. Dónde va usté, mal marido,
y el abrazo?
JUAN. Fué un descuido.
Hasta luégo.
CECILIA. Abur.
ADELA. Adios.
(Juan se va por el fondo.)

ESCENA V.

DICHOS ménos JUAN.

CECILIA. Lo mismo que tantas otras
volverá esta vez sin nada.
ADELA. Eres muy desconfiada;
á la máquina nosotras.
MATEO. Si hay que trabajar á ello.
CECILIA. Hoy no puedo acompañarte,
te he prometido enseñarte
á hacer dulce de cabello.
Es preciso preparar
el almíbar.
ADELA. Sí? pues vé.
CECILIA. Y cuando ya en punto esté
vendré corriendo á avisar.
ADELA. Yo te pondré la ceniza
cuando más práctica adquiera.
CECILIA. Bueno.
ADELA. Hasta luégo, dulcera.
CECILIA. Hasta despues, aprendiza.
(Váse izquierda.)

ESCENA VI.

MATEO y ADELA.

ADELA. Pero Emilio por lo visto
no concluye de escribir.
MATEO. Voy á ver.
ADELA. Está muy triste.
MATEO. Es natural, tiene esplin
como se juzga arruinado,
por eso se encuentra así.
Aún está dando á la pluma.
ADELA. Ó poco he de conseguir
ó he de hacer que se consuele
viéndome á mí tan feliz.
MATEO. Pues ha llegado el momento
de que logre usté impedir
que salga para Inglaterra.
ADELA. Piensa abandonarme?
MATEO. Sí,
va á Liverpool á enterarse
de la quiebra mercantil,
y si es cierta su desgracia
dirigirse á otro país,
á hacer de nuevo dinero
ó en la empresa sucumbir.
ADELA. Pero esa es una locura.
MATEO. De las mayores que ví,
y hará usté una buena obra
si le obliga á desistir.
ADELA. ¿Más cómo?
MATEO. Usté en su talento
hallará más de un ardid
para atraerle al reclamo
lo mismo que á una perdiz.
ADELA. Vamos, he de conquistarle
despues de los años mil.
MATEO. Para que vaya el marido
por donde debía ir.
ADELA. He de volverme coqueta?

MATEO. Qué remedio.
ADELA. Pero en fin,
seducir una á su esposo
no es perder á un infeliz.
MATEO. Ni es seduccion de menores
ni los ojos le va á abrir,
que los tiene más abiertos
que un mascaron de tapiz.
ADELA. Yo haré lo que pueda.
MATEO. Ea,
ya ha acabado y va á salir.
ADELA. Pues voy corriendo á la máquina.
MATEO. Bien pensado, desde ahí
ve usté cómo viene el pájaro
y pum, dispara el fusil.
Aquí está.

ESCENA VII.

DICHOS y EMILIO.

EMILIO. Lleva esas cartas.
ADELA. Hola, ya sales al fin?
EMILIO. Hola, mujercita mia.
MATEO. (Bravo, si empiezan así
pronto cantan aleluya;
ahora me debo escurrir.)
El correo no trae nada
de aquí (Señalando el bolsillo.)
y se fué lo de aquí.
(Indicando el baile.)
EMILIO. Bueno, vete.
MATEO. Desengaños,
eso era de presumir.
(El buzon es mi bolsillo.
(Á Adela.) Buena suerte y á la lid.)
(Váse por el fondo.)

ESCENA VIII.

EMILIO y ADELA.

Adela empieza á trabajar á la máquina.

EMILIO. No te canses trabajando;
segun á un médico oí
es nocivo para el pecho
ese contínuo tragin.
ADELA. Cuando es á ratos no importa;
y luégo hay que discurrir
el medio de hallar ingresos
para la lista civil.
EMILIO. Eso á mí me corresponde
y no puedo permitir
verte por mí reducida
á ese trabajo servil.
ADELA. Servil llamas al trabajo
de la máquina? es muy *chic.*
EMILIO. (Por no disgustarme finge...
qué torpe, qué torpe fuí.
ADELA. (Que se ha levantado y ha venido á colocarse detrás de Emilio.)
¿En qué piensas, maridito?
EMILIO. Ah! yo en nada.
ADELA. Eso es mentir.
Yo sé en lo que tú pensabas
y en tus ojos lo leí.
Cuidado si es tonto el hombre,
que juzgándose un Merlin,
teniendo la dicha en casa
la sale fuera á pedir.
EMILIO. Es verdad.
ADELA. Pero estás triste;
si hubiera piano aquí
te entretendría tocando,
y toco ménos que *Listz,*
y cantaría de tiple,
tú sabes que doy el sí.

Canto de *Gounod*, de *Schubert*
y de la *musique classique*.

EMILIO. (Vamos, estoy de remate,
ni yo me puedo sufrir.)

ADELA. Sabes que el tiempo está fresco?
en la calle corre un grís...
vente al brasero conmigo,
no hay tufo, puedes venir.
(Se sientan al brasero. Adela con la badila en la mano.)
Revuelve tú.

EMILIO. No, hija mia,
yo bastante revolví. (Pequeña pausa.)

ADELA. Pero, hombre, alégrate un poco;
no tengas tan mal cariz,
pon la cara más risueña
y toma ejemplo de mí.
Ya estarías más contento
si te hallases *vis á vis*
de una mujer seductora
y de correcto perfil.

EMILIO. Sí, pero tú no eres fea
y no puedo consentir...

ADELA. De ojos negros y rasgados
que están tocando á motin.

EMJLIO. Los tuyos son muy hermosos
y los veo relucir.

ADELA. (Empieza á mirarme ahora;
debo estar como el carmin.)
Boca graciosa.

EMILIO. La tuya
hace al amor sonreir;
vaya y con sus dos hoyitos.

ADELA. (Vamos, que le hago tilin.)
De discrecion y talento.

EMILIO. Pero tú no eres cerril.

ADELA. De mano aterciopelada.

EMILIO. Pues la tuya no es de crin.

ADELA. Á cuántas nos habrás dicho
lo mismo; seremos mil.
Francamente, eres muy guapa,
y de fijo por Madrid

se pasearán muy pocas
de tu belleza y esprit.

ADELA. Sí?

EMILIO. Te lo juro.

ADELA. Pues eso,
enamorado Amadís,
cuénteselo usté á mi esposo
cuando venga por ahí.

EMILIO. (Levantándose.)
(Tiene razon, á estas fechas
me empiezo yo á derretir;
me estoy poniendo en ridículo;
despues de tanto desliz...)

ADELA. Emilio, ¿te has enfadado?
perdona si te ofendí.

EMILIO. Es que me ofendo á mí mismo,
y estoy nervioso y febril.
Nada, de mi plan no cejo
y me debo redimir.

ADELA. Marchándote de mi lado,
no es verdad?

EMILIO. ¿Tú sabes?...

ADELA. Sí.
Y yo seguiré viviendo
en este chiribitil
con estos buenos amigos
que se interesan por mí,
y si al verme solitaria
un amante paladin
insistiera en sus obsequios,
que ni aun en broma admití,
tendría que repetirle
con entonacion hostil:
«Baron, mi honor no consiente
que vuelva usté más aquí.»

EMILIO. Baron has dicho? Canario,
conque ese chisgarabis...

ADELA. He dicho baron lo mismo
que conde, duque ó visir.
¿Pero te vas?

EMILIO. Esta noche;
eso ya lo decidí.

ADELA. Vete ahora mismo corriendo
y toma el ferro-carril,
y mientras andas buscando
otro nuevo Potosí,
viajando y viendo países
que distraerán tu esplin,
yo lo mismo que la rosa
que secos tallo y raiz
con el frio del invierno
se marchita en el jardin,
viviré huérfana y triste,
y siempre pensando en tí.
Vete, ya estoy resignada;
si no vuelves al redil
diré para mí solita,
«qué desgraciada nací.»
Si la mujer es muy débil
como los hombres decís,
y es ser que ha venido al mundo
tan sólo para sentir,
y lo mismo que hoja seca
que lleva el viento tras sí,
si al corazon se le habla
nunca supo resistir,
¿por qué no sois nuestro apoyo
como el olmo es de la vid?
por qué engañais á la pobre
que no sabe discurrir?
Y si es accion generosa
socorrer á un infeliz,
guiar al ciego que siempre
en sombras ha de vivir,
por qué no ha de ser tan digno
y meritorio, decid,
amparar á la que nace
para querer y sufrir?
¿Y qué pide á su marido
la que al doblar la cerviz,
da á un hombre al darle su mano
nombre, honor y porvenir?
Amor, la vida del alma
que adora con frenesí;

la limosna del cariño
que entre tantas repartís.
Por eso más de una, al verse
engañada por el vil
que faltó á su juramento
dando un sacrílego sí,
se olvidó de sus deberes;
y por venganza pueril
imita al que le debia
enseñar y dirigir.
Otras como yo, devoran
todas sus penas aquí,
y así el mal que mata el alma
no va á la cara á salir.
Y perdonan al ingrato
como te perdono á tí,
y guardo mi honra que es tuya,
y entre dos no he de partir.
Mas si alguna vez contemplo
á un matrimonio feliz
que dos almas que se quieren
en una saben fundir:
siento un pesar tan profundo,
y una angustia tan febril,
que sólo sé al contemplarlos
entre lágrimas decir:
«Dios mio, por qué nosotras
no habremos de ser así,
por qué á mí que te amo tanto
me hace de pena morir?» (Rompe á llorar.)

EMILIO. Perdóname, Adela mia,
porque ya me arrepentí,
y desde hoy he de ser siempre
tu enamorado Amadís.

ADELA. Me quieres?

EMILIO. Con entusiasmo.

ADELA. Me adoras?

EMILIO. Con frenesí.

ADELA. Dímelo otra vez.

EMILIO. Te adoro.

ADELA. Vuélvemelo á repetir.

EMILIO. Quinientas veces.

ADELA. Pues sigue
hasta que sean cien mil.

ESCENA IX.

DICHOS y CECILIA.

CECILIA. Ya está el almíbar en punto.
ADELA. Y tanto.
CECILIA. Abur, volveré.
EMILIO. Por mí no se vaya usté.
ADELA. Ya está arreglado el asunto.
CECILIA. Conste que no fué indirecta,
ni mala intencion venía
cuando en la mano traía
la cocinera perfecta.
ADELA. Justo.
CECILIA. Ven, y en un instante
el dulce está concluido.
ADELA. Ya he endulzado á mi marido
que me ha costado bastante.

ESCENA X.

DICHOS y MATEO.

MATEO. (Fondo.) El Baron...
EMILIO. Que entre, lo mato:
veremos si en mi presencia...
CECILIA. Emilio.
ADELA. Por Dios, prudencia.
MATEO. Á qué viene ese arrebato?
EMILIO. No quiero que por cumplido
en la antesala se quede.
MATEO. Digo que el Baron no puede
subir porque ya está huido.
En el portal le encontré
y le dije: «alto, Baron,
»ahorro á usté la ascension,
—»¿cómo?—Que no suba usté.

»Vaya usté á contar á Fornos,
»usté que es tan parlanchin,
»para que se sepa al fin
»en Madrid y sus contornos,
»que le quiebra es bobería
»y no hay ningun contratiempo,
»ni llegó el aviso á tiempo
»á Thomson y Compañía.
»Y por lo tanto la casa
»hoy más boyante se ve.»
—Me alegro, dijo, y se fué
lo mismo que bala rasa.

CECILIA. Pues la invencion tiene gracia.

ADELA. Despides muy bien los huéspedes.

MATEO Es que á la casa de Céspedes
no alcanzó la desgracia.

EMILIO. No compraste?

MATEO. No.

ADELA. ¿Qué dice?

MATEO. Usté me mandó una cosa
que no creí provechosa,
y es natural, no la hice.
El Baron fué quien leyó
la noticia y armó el lío.

EHILIO. Tú me dijiste...

MATEO. Amo mio,
no dije ni sí ni no.
La señorita quería
ser pobre... por no estar sola,
y viendo correr la bola
no dije esta boca es mia.

EMILIO. ¿Conque no voy á quebrar?

ADELA. Ay, conque vuelvo á ser rica?

CECILIA. Adela.

ADELA. Qué pena, chica,
si casi voy á llorar...
volveré á la joyería
y á mi vida solitaria
y á ser casada honoraria
sin sueldo ni cesantía.

EMILIQ. No, Adela, si ciego estaba
ya al sol los ojos abrí,

que el esposo empieza aquí
donde el calavera acaba.
MATEO. Logré mi plan.
CECILIA. De seguro
lo cumplirá, no lo dudes;
tendré todas las virtudes.
ADELA. Ménos una.
EMILIO. Te lo juro.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS y JUAN.

JUAN. (Fondo.) Guarda la máquina.
CECILIA. Juan.
JUAN. Guarda la máquina y pronto.
CECILIA. Pero hombre no seas tonto,
ay que arrebatos te dan.
JUAN. El té salió superior,
voy de oficial á Granada,
con que es un té con tostada;
mi primo está en gran favor.
Guarda la máquina.
CECILIA. Bien.
JUAN. Y á dejar estas paredes
corriendo.
EMILIO. Damos á ustedes
el mas cordial parabien.
JUAN. Allí tambien tendrán casa
mientras se aclara el nublado.
CECILIA. Ay hijo, ya esta aclarado.
MATEO. Si la quiebra fué una guasa.
EMILIO. No ha habido tal bancarrota.
ADELA. Seré un marido modelo.
CECILIA. Y desde aquí se irá al cielo.
JUAN. Pues señor no entiendo jota.
MATEO. Es muy fácil de explicar.
EMILIO. En claro á todos los puntos,
ahora los cuatro juntos
volvamos á nuestro hogar.
CECILIA. Ay, no.
ADELA. Te vienes con dengues,

tu calla, que soy yo el ama;
quiero que vuelvan de Alhama
dos matrimonios merengues.
(Al público.)
Aprovechad la leccion,
mis compañeras del gremio,
y al fin lograreis el premio
de vuestra resignacion.
El esposo mas arisco
si la esposa sufre y calla
con su conciencia batalla
y vuelve al cabo al aprisco.
La virtud y la honradez
por sí solas siempre vencen,
y al marido infiel convencen
de su perfidia y doblez.
Y vosotros los que ya
vivís en dulce lazada,
aplaudid á la casada
que tales consejos da.

FIN DE LA COMEDIA.

POST SCRIPTUM..

Creo un deber de justicia consignar en esta última página mi agradecimiento á las señoras Fernandez y Valverde, y á los Sres. Mario, Zamacois, Aguirre y Viñas, por el cariño y acierto con que han interpretado sus respectivos papeles, contribuyendo en gran parte al extraordinario éxito que anoche alcanzó esta obra en el teatro de la Comedia, y que me valió la honra de ser llamado repetidas veces al palco escénico.

El Autor.

13 de Febrero de 1878.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
Bienes vitalicios.....................	3	D. Enrique Zumel.....	»
El corazon de una madre.............	3	José Luis Clot......	»
El esclavo de su culpa...............	3	J. Antonio Cavestany.	»
El tabernero de las Vistillas ó manolos y franceses......................	3	D. R. G. Santisteban...	»
Haz bien.......	3	Miguel Echegaray...	»
La mancha en la frente.......... ..	3	Sres. C. S. Bravo y Estéban Garrido......	»
Lo que no puede decirse.............	3	D. José Echegaray.....	»
Los bandidos de la Corte de los Milagros.	3	Juan Belza.........	»
Quiero ser pobre...................	3	R. G. y Santisteban..	»
Realistas y Puritanos................	3	José Luis Clot......	»
¡Risas y lágrimas!..................	3	L. Mariano de Larra.	»
Vivir á escape......................	3	R. G. Santisteban...	»
Trece de febrero.	4	José María Diaz.... .	»
Los bandidos de la córte de los Milagros.	5	Juan Belza........	»

ZARZUELAS.

Boda ó muerte......................	1	Sres. Navarro y Nieto...	L. y M.
Entre locos........................	1	D. J. Gaztambide......	L. y M.
La vecchia Zitella..................	1	Sres. R. del Castillo y N. Manent.........	L. y M.
La voz pública.....................	1	Coll y Britapaja y G. Cereceda...... .	L. y M.
El laurel de oro	2	Granés, Navarro....	L.
La buena ventura.	2	Álvarez. y Vehils....	L. y M.
La criada..........................	2	Vidal y Navarro y Esther..........	L. y M.
Á casarse tocan....................	3	D. José Inzenga.......	M.
Don Juan Tenorio.	3	Sres. Zorrilla y Manent..	L. y M.
La panadera del Campillo............	3	C. Nuñez y Granés...	L.
Las campanas de Carrion............	3	Larra y Planquette..	L. y M.
Los sobrinos del capitan Grant........	3	D. M. Fdez. Caballero..	M.

Han dejado de pertenecer á esta Galería las comedias en un acto tituladas ***El matrimonio secreto; En el cuarto de mi mujer; En la sombra; La nieta del zapatero; La voz del corazon; Very Well,*** y la mitad de ***El laurel de la Zúbia;*** el libro de la zarzuela en un acto ***El sargento Lozano,*** y el de la en tres llamada: ***Una cancion de amor,*** obras de D. Antonio Hurtado.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9; y de *D. J. A. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, núm. 2.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.

QUIERO SER POBRE,

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON RAFAEL GARCIA Y SANTISTEBAN.

Estrenada en el Teatro de la COMEDIA en el mes de Febrero de 1878

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1878.

PERSONAJES.	ACTORES.
ADELA........................	SRA. FERNANDEZ.
CECILIA........................	SRA. VALVERDE.
EMILIO........................	SR. AGUIRRE.
MATEO........................	SR. ZAMACOIS.
DON JUAN........................	SR. MARIO.
EL BARON........................	SR. VIÑAS.
PEPE........................	SR. RUBIO.
UN CRIADO........................	SR. N.

La accion en nuestros dias. Los dos primeros actos en casa de Emilio y el tercero en la de D. Juan.

Las indicaciones están tomadas del lado del actor.

ACTO PRIMERO.

Sala amueblada con elegancia. Puerta en el fondo, laterates y balcon. Neceser de lujo. Mesita con periódicos. Chimenea.

ESCENA PRIMERA.

MATEO.

Las once de la mañana;
estará en el primer sueño;
el amo es de los que siempre
se acuestan con los serenos,
que les estorba la luz
y hacen vida de murciélagos,
y son pájaros nocturnos
y no hay que fiarse de ellos.
Y eso que el señor de Céspedes,
acaudalado banquero,
tiene mujer guapa y jóven
y de virtudes modelo;
pero nada, el principal
es como el cura del cuento
que era cura y no ejercía,
y es marido... de respeto,
y por eso sus amigos
en el padron le pusieron:

«casado, de profesion,
pero de oficio, soltero:»
veré á su ayuda de cámara,
no le pregunto hace tiempo.

ESCENA II.

MATEO y PEPE, derecha.

MATEO. Pepe, Pepe.
PEPE. (Saliendo.) Eh?
MATEO. Buenos dias.
PEPE. Muy felices, don Mateo.
MATEO. Se habrá acostado el señor
muy tarde.
PEPE. Quiá, no por cierto,
se ha acostado muy temprano.
MATEO. Cosa más rara! Está enfermo?
PEPE. Se ha acostado hoy á las cinco,
más temprano...
MATEO. Ya lo creo.
PEPE. El ama salia á misa
cuando él entró.
MATEO. Es su ángel bueno.
PEPE. El Baron le acompañó.
MATEO. Su ángel malo, le detesto.
PEPE. Con él vino en la berlina
para irse á su casa luego,
y al despedirse le dijo:
«esta tarde nos veremos
en el *saltarin*: supongo
que será un titiritero.»
MATEO. Diría el *Skating-ring*
ahora está en moda.
PEPE. ¿Y qué es eso?
MATEO. Patinar sobre madera
y magullarse los huesos.
Ea, vas á confesarte
conmigo.
PEPE. Pero usté es lego.
MATEO. No importa.
PEPE. Y yo con los curas

solamente me confieso.
MATEO. Tú sabes que en esta casa
soy...
PEPE. El amo verdadero.
MATEO. No, el gerente principal
que los caudales manejo;
por lo tanto no hay conmigo
secreto de ningun género.
PEPE. Me ha convencido usté, padre,
pregúnteme y yo contesto.
MATEO. Quién es la que priva ahora?
PEPE. Pues la que está en candelero
es una de muchas puntas.
El Baron dijo eso al ménos.
MATEO. Serán púas.
PEPE. No.
MATEO. Es ternera
ó puerco espin?
PEPE. Ni por pienso.
Es bailarina del Real,
un animal de los nuestros.
MATEO. Pues tendrá puntas y púas,
por eso no reñirémos.
PEPE. Se llama Vlrtudes.
MATEO. Sopla,
que epígrama tan sangriento.
PEPE El amo piensa vestirla.
MATEO. Pues será de medio cuerpo
para arriba, que en las piernas
sólo se ponen rellenos.
PEPE. Y va á llevarla á París.
MATEO. Canario, eso ya es más sério.
PEPE. La otra mañana el Baron
le decia: «es un paseo,
finges que te vas de caza
y pasas un mes soberbio.»
MATEO. Claro, y caza con huron:
(aquí hay que poner remedio)
EMILIO. (Dentro.) Pepe, Pepe.
MATEO. El amo llama.
PEPE. Por Dios, guarde usté el secreto.
MATEO. Cómo se habrá levantado

tan pronto?

PEPE. Abur.

MATEO. Vé corriendo. (Váse Pepe.)

ESCENA III.

MATEO.

Conque es una bailarina,
una Venus en pernetas?
¡Oh poder de las piruetas
y de doblarse la espina!
Y entre tanto la señora,
su mujer por lo eclesiástico,
tiene un marido fantástico
que está fuera á toda hora,
y la pena amarga pasa
porque le ama con pasion,
y es casada en el padron
pero soltera en su casa.
Lo que es yo bien le aconsejo,
y hasta le gruño y le riño,
que le conocí de niño,
y de algo vale el ser viejo;
mas él calla, si yo grito,
y adelante los faroles,
y ahora á París; caracoles,
va enmendándose el mocito.
No, pues si hace el maletin
le diré: «No hay trigo en caja,
que busque esa buena alhaja
otro primo bailarin.»
Aquí sale.

ESCENA IV.

MATEO y EMILIO, derecha.

EMILIO. (Á Pepe.) Envía aquello,
ya sabes dónde.

MATEO. (Acertijo;
será á Virtudes de fijo,

que se le ha agarrado al cuello.)
Buenos dias, señorito.

EMILIO. Hola, Mateo.

MATEO. (Yo voy
á sonsacarle.) Pues hoy
sale usté á luz tempranito.
Eso madrugar se llama.

EMILIO. Á las cinco me acosté
y he dado más vueltas...

MATEO. Qué?
Bailó usté sobre la cama?

EMILIO. Que he estado inquieto.

MATEO. Ah, comprendo.
(Ya solté una indírectilla.)
Cuando el sueño no se pilla
siempre se está uno moviendo.

EMILIO. (Sentándose.) (Se empeña en ir á París
á un escenario más vasto,
y hay que pensarlo, que el gasto
no es ningun grano de anís.)

MATEO. (Pensará en esa muñeca?)

EMILIO. (Luégo soy tan débil yo.)

MATEO. Se siente usté malo?

EMILIO. No.

MATEO. Creí que era la jaqueca.
La mañana está muy fria
y corre un grís que traspasa:
hoy se quedará usté en casa
siendo el dia que es.

EMILIO, ¿Qué dia?
Qué santo será?

MATEO. No es santo.

EMILIO. ¿Es aniversario? di.

MATEO. Es santa Adelaida.

EMILIO. Ah, sí,
vírgen y mártir.

MATEO. (Y tanto.)

EMILIO. ¡Los dias de mi mujer!
no sé ni el mes en que vivo.

MATEO. Como es usté tan activo
y tiene tanto que hacer...

EMILIO. Algo la he de regalar.

Dí que avisen al joyero,
á Marzo.

MATEO. (Sí, y á Febrero.)

EMILIO. Que traiga joyas.

MATEO. (La mar!)
Y á la hora del almuerzo
cuando estén de sobremesa,
entro yo con la sorpresa
diciendo: «ahí va ese resfuerzo.»

EMILIO. No almuerzo aquí, cabalmente
hoy se abre el *Skating-ring*,
la Sociedad del Patin,
y almorzamos más de veinte.

MATEO. Bueno, será á la comida.

EMILIO. No, tampoco puede ser,
voy á Fornos á comer,
el Presidente convida.
Fundamos hace años hoy
la Sociedad de la Liebre,
y quieren que se celebre
comiendo, por eso voy.

MATEO. Pero está usté en sociedad
con todos.

EMILIO. Qué le he de hacer.

MATEO. Sí, ménos con su mujer,
que tiene prioridad.
Pues va á sentirlo muchísimo
la señora: ya creía...

EMILIO. El suspenderlo sería
un trastorno.

MATEO. Sí, grandísimo.

EMILIO. Y lo siento.

MATEO. Lo supongo.
La pobre pasa una vida
tan triste y tan aburrida:
sola siempre como un hongo.

EMILIO. Yo nunca cuentas la pido,
que gaste y tire á su antojo;
¿qué la falta?

MATEO. Pues es flojo,
lo principal, su marido!

EMILIO. Eh, que se te van los piés

y de mi bondad abusas.
MATEO. Perdon.
EMILIO. Sí, pide ahora excusas,
y hazme la guerra despues.
En vez de calmar á Adela
si está con cara de enfado,
porque no estoy á su lado
como un chiquillo de escuela,
la harás coro hecho un erizo,
y me llamarás voluble,
porque el lazo indisoluble
lo hago nudo escurridizo;
y encomiarás con calor
las dulzuras del hogar,
pretendiendo parodiar
al diablo predicador.
MATEO. Aunque por nada me pico,
señorito, en serio hablo,
yo no soy santo ni diablo,
pero hago lo que predico.
Fuí marido, y muy casero,
y de ello no me abochorno,
y no un marido de adorno,
seductor y callejero.
Ya venía al escritorio
y trabajaba á destajo,
mas cuando no de trabajo
era un dia de jolgorio,
y enamorada pareja
íbamos yo y mi costillla
á comer una tortilla
á la Fuente de la Teja.
No nos pesaba la cruz
y éramos sobre la tierra
carta y sello y no de guerra,
uña y carne, sombra y luz.
Qué más, yo fuí nacional
y fusilero del sexto;
yo era entónces por supuesto
inocente y liberal;
pues bien, siempre mi Manuela
conmigo la guardia hacía

y su mamá me decía:
¿hace por tí centinela?
Estaba ya tan pesada
que me fué una tarde á ver;
y al mirarla aparecer
«cabo, grité, fuerza armada.»
Manuela y yo ni un instante
pensamos en el cordel;
y nuestra luna de miel
no tuvo cuarto menguante.
Veinte años há que me falta
y que solo me contemplo,
mas como he dado el ejemplo
puedo decir en voz alta:
«Soy protector decidido
de toda pobre mujer
que se queje de tener
por huesped á su marido,
su virtud poniendo á prueba,
que aunque el esposo se enoje,
fruta que el amo no coge
el pájaro se la lleva.
Y así pasa lo que pasa,
y entra en la danza un tercero,
y el marido novillero
tiene novillos en casa;
y luégo al verse cogidos
por olvidar sus deberes,
dicen ellos: «que mujeres»
y yo grito: «que maridos!)

EMILIO. Ora pro nobis y amen.
Vé á predicar á otra parte;
chocheas y hay que dejarte.

MATEO. (Claro, no se le sabe bien.)

EMILIO. Entre los dos me aburris.

MATEO. Es con el mejor deseo.
Me voy.

EMILIO. (Ah, el viaje.) Mateo,
yo tengo que ir á París.

MATEO. (Comprendo, á matar la araña.)

EMILIO. Y pienso marchar muy pronto.

MATEO. Hace usté bien. (Me haré el tonto,

si no con todo rebaña.)
Manda usté algo, me retiro.
EMILIO. Qué fondo hay en caja.
MATEO. (¡Ay!
esto es lo malo.) Pues hay
lo preciso para el giro.
EMILIO. Cómo es eso? yo creí...
MATEO. Hay letras que no han vencido!
EMILIO. Mas ya caigo; habrás cumplido
las órdenes que te dí
de que con anuencia mia
cuanto realizar pudieras
en la casa lo impusieras
de Thomson y compañía.
MATEO. Sí, justo.
EMILIO. En la Estrella azul,
sociedad inter-océanica,
la gran empresa británica
que reside en Liverpool.
Te oponías al principio
y es buena especulacion.
Fué un empeño del Baron.
MATEO. (El Baron no pierde ripio.)
EMILIO. Qué hora es?
MATEO. Las doce dan.
EMILIO. Yo estoy en retraso, horror,
como eres tan hablador...
Pepe, el sombrero, el gaban.

ESCENA V.

DICHOS y ADELA, fondo.

ADELA. Santos y muy buenos dias.
MATEO. Muy buenos nos los dé Dios.
EMILIO. Adela.
ADELA. Feliz encuentro
¿cómo tan madrugador?
EMILIO. Que los tengas muy felices.
Mateo me recordó...
MATEO. Sí, yo he sido su almanaque.
ADELA. Te marchas ya?

EMILIO. Sí, me voy.
ADELA. Te espero á almorzar.
EMILIO. No puedo.
ADELA. Y á comer te aguardo?
EMILIO. No.
Mateo sabe la causa.
Son compromisos de honor.
Las exigencias sociales;
uno tiene precision
de cumplir con los amigos
y la gente *com'il faut.*
ADELA. Haces bien.
EMILIO. Te traerán luego
aderezos de valor,
escoge los que te agraden
y puedes lucirlos hoy.
ADELA. Gracias.
MATEO. (Sí, mucho aderezo
y poca ensalada.)
EMILIO. Adios.
ADELA. Que te diviertas.
EMILIO. Ah, encarga
á Binder otro landó;
compra otro tronco de yeguas,
inglesas son de rigor,
quiero que eclipses á todas
en lujo y ostentacion.
ADELA. Si tú te eclipsaras ménos
sería mucho mejor.
MATEO. (Anda, toma astronomía.)
EMILIO. Huy, que retrasado estoy.
Abur.
ADELA. Hasta que Dios quiera.
MATEO. Mucho tiene que hacer Dios.
(Emilio se va por el fondo.)

ESCENA VI.

ADELA y MATEO.

ADELA. (Otro dia en el desierto;

es bonita diversion.)

MATEO. (Pobrecilla, me da pena;
una jóven como un sol
pospuesta á una bailarina
de pirueta y tropezon.)

ADELA. (Y si bien lo considero
un ídolo chino soy
sola entre joyas y perlas
muy formal en mi sillon.)

MATEO. Señorita, hoy hace frio,
echo leña al fuego?

ADELA. No,
que todos los dias hace
Emilio esa operacion.

MATEO. Señorita, yo quisiera
ser buen cómico ó tenor,
ó tocar bien el piano
ó el cornetin ó el fagot
para poder distraerla
y quitarla el mal humor.

ADELA. No, pues segun mi marido
no debo quejarme yo,
que nada me falta, excepto
mi buen marido y señor,
y puedo por la ventana
tirar un millon ó dos,
mas no hacer que por la puerta
entre él en mi habitacion.
Juzga como tantos otros
que del escándalo en pos
á mujeres cotizables
dedicaron su pasion,
que la esposa honrada y digna
que su hogar ennobleció,
nada quiere para el alma,
todo para el exterior,
y que una honesta caricia
equivale á un medallon,
y un abrazo á un aderezo
y una mirada á un reló,
como si una no sintiera
la fuerte palpitacion

de algo que á gritos nos pide
correspondencia y amor,
y no piedras más heladas
que el helado corazon,
del esposo que abandona
el tesoro de su honor.

MATEO. Bravo, está usted inspiradísima.

ADELA. Gracias, estaré hoy en voz.

MATEO. Despues de todo es el caso
que sin hacerle favor
el señorito en el fondo
es un bendito de Dios,
y por eso cabalmente
es débil de condicion
y todo el mundo le explota.

ADELA. Todo el mundo menos yo,
por eso quiero ser pobre
ó bajar de posicion
como te digo mil veces
de las que aburrida estoy.
Si es verdad que las riquezas
quitan al alma el calor
y es cual violeta la dicha
que huye de la luz del sol,
Emilio, á quien por ser rico
traen todos hecho un peon.
si le faltára la cuerda
que le hace andar tan veloz,
de seguro sufriría
más desengaños que Job,
y estando más en casa
por el natural rubor,
y al tratarme más de cerca,
tengo yo la presuncion
de que muy pronto á mis plantas
diría el yo pecador.
¿Creerás que desearía
hacer el ensayo?

MATEO. Oh!
no quiera Dios que tengamos
un disgusto tan atroz.
Quebrar la casa de Céspedes

que está tan boyante hoy,
es casi un sueño.

ADELA. Ay, en sueños
anoche mismo tronó.
Como es idea que fija
está en mi imaginacion,
tuve el gran gusto de verla
realizada á mi sabor.
Soñé que Emilio y yo estábamos
muy sentaditos los dos
en el quicio de una puerta
enfrente de un cazolon.
Él con su blusa y su gorra
era un albañil de pró,
y yo su digna parienta
de alto moño y pañolon.
Debíamos ser muy pobres
ó poco hambrones sí no,
que en la cazuela no había
más que garbanzos y arroz.
Cada cual con su cuchara
se agenciaba su racion,
y entre bocado y bocado
me echaba Emilio una flor.
—«Salada, hermosa, bendita—
¡qué boquita de piñon!—
y era una comida espléndida
y una bendicion de Dios,
porque aquello era atracarse
de garbanzos y de amor.

MATEO. Y yo no estaba en el cuadro?

ADELA. Ya lo creo.

MATEO. ¿De miron?

ADELA. Pasaste vendiendo agua.

MATEO. Tambien yo bajé á aguador?
Pero calle, lo recuerdo,
gritaba en tono chillon:
«ahora sí que viene fresca,
«quién quiere otro.»

ADELA. Pero adios,
desperté y ya con el sueño
mi felicidad huyó,

y volví á cerrar los ojos,
mas no volvió la ilusion.

MATEO. Tambien usté, señorita,
se complace en su dolor,
y al tiempo conforme viene,
dice el refran español.
Si el señorito anda suelto
y se divierte al vapor,
distráigase usté igualmente,
y es la pena del talion:
vaya usté á paseo, al teatro.

ADELA. Sola, dándome charol?

MATEO. Busque usté amigas.

ADELA. No tengo.

MATEO. Ni siquiera de pension?

ADELA. Una tenía muy íntima
que era Cecilia Amorós:
no te acuerdas, una rubia
de un genio alborotador.

MATEO. Diga usté, qué ha sido de ella?

ADELA. Se fué con su padre á Alcoy.
y hace años que se ha casado
con el señor de Muñoz,
empleado de Fomento;
yo no sé por qué razon,
le di parte de mi boda
pero no me contestó.

MATEO. Señorita, me deleita
mucho su conversacion
mas voy...

ADELA. Por los aderezos?
así tendré veintidos,
y seré un escaparate
de joyero y dorador.

MATEO. Pero hoy saldrá usté á paseo.

ADELA. Como quieras. (Se empeñó.)

MATEO. Ántes de quince minutos
está á la puerta el milord.
Hasta luégo.

ADELA. Adios, Mateo.

MATEO. (Nada; un cernícalo soy
si no pienso un medio heróico

de salvar la situacion.)
(Se va por el fondo.)

ESCENA VII.

ADELA.

Leeré para hacer algo;
á mano tengo periódicos.
—«Unámonos todos.»—Bueno,
esto no va con nosotros.
—«Modas, para las casadas
se recomienda en otoño...
y en todo tiempo el marido;
yo el mio no me lo pongo.
—«En Canarias han quedado
«cesantes cuarenta y ocho
empleados de Fomento.»—
Canario, vaya un destrozo.
Eso es fomentar el hambre.—
«Entre ellos se encuentra el probo
y entendido funcionario
don Juan Muñoz y Redondo.»
—El marido de Cecilia,
pobrecillo, yo conozco
al ministro y le hablaré
y le repondrá muy pronto.
(Levantándose.) Ea, dice bien Mateo,
el salir es mi negocio;
hoy voy á echarme á la calle
lo mismo que un demagogo.
Haré el programa. Visitas,
murmuraciones, piropos,
á comer, y al Real despues;
va á ser un dia redondo.
(Bostezando.) Lo que voy á divertirme,
hay para estallar de gozo.
Voy al tocador.

ESCENA VIII.

ADELA y un CRIADO.

CRIADO. Señora.

ADELA. Qué ocurre?
CRIADO. El Baron del Olmo
quiere saludar á usía.
ADELA. (Ya está en el redil el lobo.
Aunque no reza el programa
la visita de un Tenorio,
le recibiré, y me entero
de los asuntos del otro.)
Dile que pase.
CRIADO. Está bien. (Váse el Criado.)
ADELA. Pües serenidad y aplomo.

ESCENA IX.

ADELA y el BARON.

BARON. (Fondo.) Adela, á los piés de usté.
ADELA. Baron, beso á usté la mano.
BARON. Y Emilio?
ADELA. Listo y tan sano,
salía cuando yo entré.
BARON. Es muy posible que fuese
corriendo al almuerzo; pues
sabe usté qué almuerzo es?
ADELA. Sí. (Qué almuerzo será ese?)
BARON. El Skating-ring lo da.
ADELA. Pero usté tambien es socio.
BARON. Sí, mas tenía un negocio
de mucha importancia.
ADELA. Ya.
BARON. Estaba muy á trasmano,
y por ser tarde no fuí.
ADELA. (Claro, no fué tarde allí
por venir aquí temprano.)
BARON. Adela, tampoco olvido
que usté sus dias celebra.
ADELA. (Y quieres pegar la hebra
en ausencia del marido.)
Agradezco á usté el recuerdo.
BARON. Ver á usté tanto me agrada...
ADELA. Que si no fuera casada
diría usté «aquí me pierdo.»

BARON. Sí, justo...
ADELA. (Ya le paré.)
BARON. De su ingenio hace usté alarde.
¿Y qué, no irá usté esta tarde
á ver patinar?
ADELA. No sé.
BARON. Es la *patinomanía*,
hoy va la elegancia toda;
es primer dia de moda.
ADELA. Se desnucan ese dia?
BARON. Todo el mundo, francamente,
dice, y conviene conmigo,
que Emilio es un buen amigo,
muy bromista y muy corriente,
mas de conocer no deja
que, teniendo una mujer
como usté, era su deber
cuidar más de su pareja.
Aunque no sea un delito
peca de superficial;
esa es la voz general.
ADELA. (Qué amigos tienes, Benito.)
EMILIO. Mil veces le he dicho yo:
«luce el tesoro que tienes,
que ese es de todos tus bienes
el más chico y *comm'il faut*
que Adela reune en sí
belleza, trato simpático,
bondad, aire aristocrático,
talento, gracia y esprit.»
ADELA. Bien por el bombo, Baron,
lo toca usté sin rival,
para la orquesta del Real
era usté una adquisicion.
BARON. Señora, aunque usté revele
en su rostro alegre calma,
usté está enferma del alma.
ADELA. Yo?
BARON. Sí.
ADELA. Pues nada me duele.
BARON. Usté necesita amor,
que para el alma es preciso,

y yo soy...

ADELA. (Levantándose.) Con su permiso
me retiro al tocador.
Pude al amigo escuchar,
que me hizo reir bastante,
mas ay! si sale el amante
voy á tener que llorar.
Y Emilio estará deshecho
aguardando á usté.

BARON. No tal.

ADELA. Usté es su hermano carnal,
vamos, su ojito derecho.

BARON. Creerá usté que yo le excito
á esa vida de extramuros?

ADELA. Los hechos son los seguros,
y á los hechos me remito.

BARON. Pues no una vez sino mil
su conducta critiqué,
y yo le prometo á usté
volver la oveja al redil.
Y le tendrá usté á su lado,
y hasta vendré yo con él.

ADELA. Ay, no haga usté ese papel,
que es bastante desairado.

BARON. Por usté, qué no haré yo?

ADELA. Todo, ménos una ofensa.

BARON. Cómo, señora, usté piensa?...

ADELA. Que la visita acabó. (Váse izquierda.)

ESCENA X.

BARON.

Lo toma por lo sarcástico
y por el lado mordaz,
y así oculta su despecho
y lo ofendida que está;
pero yo, que he dado pruebas
de conquistador tenaz,
no dejo el sitio y aguardo,
que al fin capitulará.
Nos sentaremos. *La Época*,

el diario de la *high life.*
—«Aún la paz no se ha firmado.»
—«Ya se ha firmado la paz.»—
—«Es cierta la bancarrota
»de la casa comercial
»de Thomson y compañía;
»es gran pánico el que hay.»—
(Levantándose.) Canario, la cosa es grave,
y yo que con tanto afan
á Emilio pedí que en ella
impusiera su caudal.
Quise servir á un ajente
que envió la sociedad,
el cual me prestó *una prima*
que pronto suegra será.
Si ha seguido mis consejos
el golpe va á ser mortal;
le preguntaré; es posible
que aún le podamos parar.

ESCENA XI.

BARON y EMILIO, por el fondo.

EMILIO. (Hablando con un criado.)
Avisa al punto á Mateo
y que no recibo, estás?
BARON. Pero á mí sí me recibes.
EMILIO. Hola, pareciste ya?
Bonitas partidas juegas.
¿Cómo no fuiste á almorzar?
BARON. Se me hizo muy tarde.
EMILIO. Alguna
aventurilla quizás...
BARON. Quién sabe.
EMILIO. Chico, tú eres
un don Juan con levisac.
Segun me ha dicho Pepito,
que he encontrado en el portal,
se suspende la comida
de la gente de cazar.

BARON. Bien: quisiera preguntarte,
tengo una curiosidad.

EMILIO. El almuerzo ha sido espléndido,
yo llegué casi al final.

BARON. Tú has impuesto algunos fondos?

EMILIO. Dónde?

BARON. En esa sociedad
de Liverpool, oceánico-
inglesa-internacional.

EMILIO. Pregúntaselo á Mateo,
aunque me haces recordar
que hoy me ha hablado de eso.

BARON. ¿Y qué?
(Ay Dios mio, qué ansiedad!)

EMILIO. Toma, que cumplió las órdenes
que le dí, era natural;
me lo aconsejaste mucho,
yo se lo mandé y en paz.

BARON. (Ay, se ha arruinado!)

EMILIO. Qué tienes?

BARON. Un calambre que me da.

EMILIO. Oye, chico, en el tramvía
hallé á una mujer sin par.
Me subí á él en lo último
de la calle de Alcalá,
y al sentarme ví á mi lado
á una rubia angelical:
empecé á ponerla varas,
y despues quise pagar
por ella, pero se opuso
con una cara de agraz...
Luégo en la Puerta del Sol
la dije al bajar detrás:
—¿Quiere usté que la acompañe,
que se puede extraviar?
—Y me respondió al momento
y con mucha urbanidad,
«caballero á la derecha,
que á la izquierda hay barro.»

BARON. Ah!
Llovía?

EMILIO. Qué, estaba seco;

fué una indirecta no más;
tomó un coche, tomé yo otro
por pura tenacidad,
pero pasaba un entierro
y el mio no pudo andar,
y fué imposible seguirla
y se escurrió y héme acá.

BARON. No me sostienen las piernas,
yo me tengo que sentar.

EMILIO. Pero tú no estás en caja.

BARON. (En la caja el mal está.
No puedo más, me hace daño
ver al pobre tan jovial.)

EMILIO. Pero, chico, ya hablas solo?

BARON. Hasta mañana.

EMILIO. ¿Te vas?
Quédate á cenar conmigo
y mi adorada mitad.

BARON. (Todos lo mismo.) Es que...

EMILIO. Nada,
te secuestro, perillan.

ESCENA XII.

DICHOS, MATEO y un CRIADO con estuches.

EMILIO. Quién llega? Mateo.

MATEO. El amo!
Deje usté ahi esos estuches
y vuelva. Los aderezos. (Váse el criado.)

EMILIO. Para que elija el que guste
mi mujer, los manda Marzo.

BARON. (Pero lo que aquí más me urge
es que lo sepa Mateo;
le daré el papel de ocultis.)

ESCENA XIII.

DICHOS y ADELA, por la izquierda.

ADELA. (¡Emilio de vuelta!)

EMILIO. Adela,

te iba á llamar.

ADELA. ¿Qué te ocurre?
Estás malo?

EMILIO. No, á Dios gracias,
quiero que á elegir me ayudes.

ADELA. Siguen lloviendo aderezos,
cuándo acabará la nube!

BARON. (Dándole el periódico con las manos en las espaldas.)
Eh, Mateo, (no me entiende.)
Tome usté.

MATEO. (¡Qué hace este apunte,
me está quitando las moscas?)

BARON. (¡Qué torpeza! Me consume.)

EMILIO. Este de perlas. (Enseñándole un aderezo.)

ADELA Ya tengo.

BARON. Hombre, que la casa se hunde.

MATEO. Sí!

BARON. Lea usté. (Dándole el periódico.)

ADELA. Son bonitos.

EMILIO. Este no me lo rehuses.

MATEO. (Leyendo.) «Se vende un milord usado
»y á medio estrenar un duque.»
Estos sí que se han hundido.

BARON. Quiero que usté se lo anuncie.

ADELA. Color esperanza, bueno.

BARON. Lea usté y no se trabuque.
«Ha quebrado en Liverpóol,»
claramente se deduce
que si esa casa ha tronado
lo que es esta de *profundis*.

ESCENA XIV.

DICHOS y un CRIADO.

CRIADO. El milord de la señora.

ADELA. Voy.

EMILIO. Te vas y yo me quedo?

ADELA. Acompañarte no puedo,
tengo que salir ahora.
Cómo ha de ser? tambien yo

tengo asuntos muy precisos:
amigas y compromisos
de la gente *comm'il faut.*
Cómo fuera, conque así
que te diviertas deseo.

EMILIO. Pero, Adela, ese es un feo.

ADELA. El Baron te queda ahí,
que te haga reir.

EMILIO. Se va!

BARON. Señora...

EMILIO. Pero oye.

ADELA. Adios.

EMILIO. Y nos quedamos los dos?

BARON. Pues, papando moscas.

MATEO. (Como asaltado de una idea.) Ah!
(Cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

PEPE.

Ha perdido la cartera,
y ya registré en su cuarto,
mas no parece; Dios sabe
dónde se la habrá dejado.
No es fácil que en esta sala,
que es una pieza de paso,
se le haya caido; en fin,
yo la seguiré buscando,
y con decir no la encuentro
ya he ganado mi salario:
eh, viene visita; entónces
no busco más y me marcho.
(Se va por la derecha.)

ESCENA II.

CECILIA y JUAN.

Entran por el fondo, y se supone que hablan con un criado.

CECILIA. Pues si está en el tocador

que no le pasen recado,
que somos de confianza
y en esta sala esperamos.

JUAN. Yo no lo soy.

CECILIA. Mis amigas
son tus amigas.

JUAN. Exacto.

CECILIA. Adela es una persona
de un trato agradable y franco.
Ya verás cómo te gusta.

JUAN. No digo yo lo contrario.

CECILIA. Nos queríamos muchísimo.

JUAN. Cuánto hace de eso?

CECILIA. Diez años.

JUAN. De entónces acá, Dios sabe
si habrá sufrido algun cambio.

CECILIA. No lo creo; de seguro
al verme se echa en mis brazos,
recordando aquellos tiempos
que por desgracia pasaron.

JUAN. Pues lo chistoso sería
que viviendo entre este fausto
y en un mundo tan distinto
del que nosotros estamos,
se hubiese entonado un poco
y muy serios la aguardásemos
creyendo que iba á decirnos:
«mil gracias por el buen rato,»
y nos recibiese tiesa
y más fria que un carámbano.
Tendría gracia.

CECILIA. Á tí todo
te hace mucha gracia.

JUAN. Es claro,
me la hace mi cesantía,
conque ahora no me propaso.

CECILIA. Ay, Juan, te envidio tu genio
tan calmoso y tan linfático.

JUAN. Teniendo á tí, hija mia,
lo demas me importa un rábano.

CECILIA. Pues mira, cuando en Canarias
me dijiste: «á este canario

le han limpiado el comedero
y hay que volar á otro árbol,»
si cojo al Ministro entónces,
que te trató como á un pájaro,
yo no sé lo qué le digo,
pero sí lo que le hago.

JUAN. Ya sabes que soy filósofo.
En España el empleado
sólo tiene dos sistemas
para afrontar los chubascos.
Ó tomar un berrenchin
cada vez que sufre un palo
y enfermar luégo del hígado
y morir achicharrado,
ó decir con mucha flema
al leer el real despacho:
«son percances del oficio,
y ya me iré á acostumbrando,
lo mismo que el picador
que á fuerza de batacazos
al dar contra la barrera
se piensa que cae en blando:
y yo estoy por el segundo,
que es el mejor y más práctico,
y cuando estoy en el suelo
tan solo de alzarme trato.

CECILIA. Pues yo cuando estás cesante
me doy á todos los diablos,
porque soy peor que tú
y tengo el genio más áspero.

JUAN. Oh, si tú eres una tigre,
una leona.

CECLIA. No tanto.

JUAN. Por fuera, y eres por dentro
una borreguita andando,
y cuando falta la nómina
y escasea el numerario,
sacas la máquina *Singer*
y ayudas para el garbanzo,
y eres casera económica
poco amiga de los trapos,
y tomaste el matrimonio

como yo por todo lo alto.

CECILIA. Ese es mi deber.

JUAN. Ay, hija,
en los tiempos que alcanzamos
el cumplir con su deber
es un hecho extraordinario,
y las casadas modelos
que hacen honor á San Pablo
son como los perros de aguas,
que ya se van acabando.
Por eso aunque yo he sufrido
diez arreglos, seis traslados,
tres cesantías mortales
y varios sustos y amagos,
como tú no te amilanas
yo tampoco me amilano,
y seguimos adelante
y nunca se atasca el carro.
Podrá un Ministro decirme
con más ó ménos preámbulos:
«le declaro á usté cesante,»
que es situacion de reemplazo,
quedando muy satisfecho
cuando á uno le deja harto
de su celo, inteligencia,
actividad ó amor patrio,
más jamás podrá decir:
«declaro á usté relevado
del cariño de su esposa
y los divorcio en el acto.»
Chica, *l'union fait la force.*
Conque así, Cecilia, unámonos
contra el comun enemigo,
que es el Ministro del ramo.
¿Para que se casa uno
y se parte en dos pedazos;
por tener con quien rabiar
ó á quien contar sus trabajos?
El tiempo conforme viene:
que luce el sol; á tomarlo,
que hay vendabal, agarrarse
para no venir abajo.

Tú me quieres, yo te quiero,
conque paso redoblado,
y aquí me meto que llueve,
y he dicho y aprieta manco.

CECILIA. Hombre, ten formalidad,
no estás en casa.

JUAN. Fué un lapsus,
pero á nadie dí dentera,
porque nadie se ha enterado

CECILIA. Pero mi amiga no sale.

JUAN. Y el planton va siendo largo.

CECILIA. Llamaré.

JUAN. Como tú quieras.

CECILIA. Se oye hablar.

JUAN. Y es voz de bajo.

CECILIA. Tal vez sea su marido.

JUAN. Sí, pues á ser diplomáticos.

ESCENA III.

DICHOS y EMILIO, derecha.

EMILIO. (Que se supone habla con el criado.)
Lleva á casa del Baron
los avíos de cazar
y al que me venga á buscar
que me fuí de expedicion.
Á París me voy tan fresco.
Eh, visita, no sabía.
(Huy, la rubia del tramvía.)

CECILIA. (Á Juan.) Mi seductor tramviesco.

EMILIO. Señorita, servidor.

CECILIA. No soy señorita ya,
sino señora.

JUAN. Ajajá,
señora de este señor.

EMILIO. Yo celebro... (Y qué hace aquí?
es un lance de novela.)

CECILIA. Usté es marido de Adela?

EMILIO. El mismo.

CECILIA. Lo presumí.

Pues veníamos á verla.

EMILIO. No sé si está: llamaré. (Toca el timbre.)

CECILIA. Está; ya lo pregunté;
mas quería sorprenderla.

JUAN. Y no la pasó recado,
y estamos aquí en acecho
viendo si sale.

EMILIO. Mal hecho.

CECILIA. Era un capricho.

ESCENA IV.

DICHOS y un CRIADO.

El Criado aparece en el fondo.

EMILIO. Ah, el criado!
Di á la señora que aquí
la está esperando una amiga.

CECILIA. Una amiga no, que diga
que la llama usté?

EMILIO. Yo?

CECILIA. Sí.
Sorprenderla es mi deseo.
Sale.—¿Quién?—Mira.—Ah!—«Tú!»—Yo!
—«Cecilia.»—Adela.—*Tableau*,
y abrazos y besuqueo.

EMILIO. Corriente. (Es encantadora.)

JUAN. Tiene gracia, manda ya
como en casa.

EMILIO. Bien está,
obedece á esta señora.
(Váse el Criado izquierda, y vuelve á salir á poco, yéndose fondo.)

ESCENA V.

DICHOS, ménos el CRIADO.

CECILIA. Gracias.

EMILIO. (Se sientan.) Oh! (Es que tiene chiste.)
Vienen ustedes...

CECILIA. De fuera.
JUAN. Justo, de una canariera
en que ya no dan alpiste.
Llegamos hace unos dias
de Canarias.
EMILIO. Ah!
JUAN. Difuntos;
caimos catorce juntos
por cuestion de economías.
Yo hablé á mi primo Jerónimo
para volver á la nómina,
porque siempre es una andrómina
ser un empleado anónimo.
Habla con mucha elocuencia
y es todo un ministro en ciernes,
como que todos los viernes
toma thé en la Presidencia.
CECILIA. Para hacer la digestion
que no hacemos las demas.
EMILIO. (Qué graciosa.)
CECILA. Ya verás
como sale remolon.
EMILIO. Yo tengo algun valimiento
y á hablar por usté me obligo,
porque soy íntimo amigo
de un director de Fomento.
JUAN. De mi ramo cabalmente.
CECILIA. Mucho mejor.
JUAN. Súerte fué,
pues ya me he cosido á usté
como hace un buen pretendiente.
Yo á un clavo ardiendo me agarro.
CECILIA. Si me sigue usté...
EMILIO. (Huy, se acuerda!)
CECILIA. Ya no le diré á la izquierda
porque á la derecha hay barro.
EMILIO. Fué broma.
JUAN. Estoy enterado;
si me lo contó mi esposa.
EMILIO. Y crea usté...
JUAN. Hombre, no es cosa
de ponerse colorado.

La quiso usté acompañar
muy arrimado á la cola:
respondió mejor voy sola,»
con que ya no hay más que hablar.
Mil veces lo mismo oí
en mis tiempos de conquistas
de las tímidas modistas
que acompañar pretendí. (Se rien.)

EMILIO. (Se burla de mí esta gente?)
Pareja más singular!
Me voy. (Se levantan.)

CECILIA. Nos va usté á dejar?

EMILIO. Sí, tengo un negocio urgente.

ESCENA VI.

DICHOS y ADELA, por la izquierda.

ADELA. Me llamas, Emilio?

CECILIA. No.

ADELA. Quién...

CECILIA. Mira, si no estás ciega,
ven á mis brazos, borrega.

ADELA. Cecilia.

CECILIA. Adela. (Se abrazan.)

JUAN. (Á Emilio.) El *tableau.*
La llama borrega.

EMILIO. Y qué?

JUAN. Que tiene usté buena estrella,
y si la borrega es ella
el borrego será usté.

EMILIO. Claro, es usté muy bromista.

JUAN. Soy jocoso por instinto.

CECILIA. Repite que no me pinto.

ADELA. Siempre tan guapa y tan lista.

CECILIA. Puesto que se ha concluido
esta primera expansion,
te haré la presentacion
de mi señor y marido,
don Juan Muñoz y Redondo,
tan cesante como honrado,
que á Canarias fué empleado
y ha dado en Canarias fondo.

ADELA. Tengo un inmenso placer...
JUAN. Y yo una satisfaccion.
CECILIA. Á este otro santo varon
ya le debes conocer.
ADELA. De vista. (Con intencion.)
CECILIA. Ya lo pensé.
ADELA. Es claro, son el pan nuestro;
por supuesto, hoy te secuestro.
CECILIA. Horror.
ADELA. Lo mismo que á usté.
JUAN. Bien, pero ustedes tendrán
formado el plan para hoy.
ADELA. Yo sin compromiso estoy
y no tengo ningun plan.
JUAN. Tal vez su señor marido
quiera lucir á su esposa
como es muy justo, y no es cosa...
ADELA. No, con él ya me he lucido.
EMILIO. Me voy de caza unos dias.
JUAN. Mayor ó menor?
EMILIO. No sé.
ADELA. Pues acompáñele usté.
EMILIO. (Uy!)
CECILIA. Así te distraías.
JUAN. Hace años fuí á cazar
y cuatro liebres cogí;
cuatro caidas que dí
que me pude reventar.
No me expongo yo á un fracaso.
EMILIO. No se viene usté conmigo?
JUAN. Sí.
EMILIO. Veremos á ese amigo.
(Saldré cuanto ántes del paso.)
CECILIA. Nos protege y va á Fomento
á hablar con un director.
ADELA. Hombre, sí, hazlo con calor.
CECILIA. Y socorra usté á un hambriento.
EMILIO. Le diré que sea franco.
Conque vamos.
JUAN. Ah!
EMILIO. Qué pasa?
JUAN. No ofrecí á ustedes mi casa.

Tesoro, seis, sotabanco.

CECILIA. Quizá San Pedro nos cobre
Ya ves qué epigrama, chica,
en una calle tan rica
habitar gente tan pobre.

JUAN. Calle rica?

EMILIO. Caballero...
(Este hombre habla más que un loro.)

JUAN. Te engañas: si en el Tesoro
es donde hay ménos dinero.

EMILIO. Pero viene usté ó no viene?

JUAN. Abur. (Haciendo ademan de abrazar á su mujer.)

CECILIA. Uy, íba á abrazarme.

JUAN. Es mi costumbre al marcharme.

ADELA. Qué buenas costumbres tiene.

EMILIO. No lo deje usté por mí.
(Pero qué par de pichones.)

JUAN. Pido á ustedes mil perdones...

ADELA. No hay de qué.

JUAN. Si me excedí.

CECILIA. Tu esposo lo mismo hará.

ADELA. Sí, á veces.

CECILIA. Pues, caballero,
abrázela usté primero,
y aquí se repetirá.
Un abrazo nunca sobra.

EMILIO. Pero si es una tontera.

ADELA. Dame un abrazo siquiera
por no hacerles mala obra.

JUAN. Se va usté á hacer de rogar?

EMILIO. (Esto ya no tiene nombre.)
Adios, hija. (Abrazándola.)

ADELA. Aprieta, hombre,
que no me vas á quebrar.

JUAN. Adios. (Abrazándola.)

CECILIA. Vuelves?

JUAN. Sí.

CECILIA. Á ver cómo
usté al director persuade.

JUAN. Cuando usté quiera, cofrade.

EMILIO. Cuando usté guste, palomo.
(Vánse por el fondo.)

ESCENA VII.

ADELA y CECILIA.

ADELA. Mil gracias por el abrazo.
Dios te lo pague.
CECILIA. ¿Pues qué,
no es marido que acostumbra
á abrazar á su mujer?
ADELA. No se permite esos lujos,
que yo hace tiempo olvidé!
CECILIA. Conque no es gato casero?
ADELA. No tal, es gato montés.
CECILIA. ¡Y se lleva á mi marido!
me lo va á echar á perder.
Juan, Juan.
ADELA. Ya estarán muy lejos.
CECILIA. No va con él si lo sé,
que las malas compañías
pierden á un hombre de bien.
ADELA. Pero no es ningun chiquillo.
Ea, tranquilízate
y vamos á echar un párrafo.
CECILIA. Corriente, aunque sean tres. (Se sientan.)
ADELA. Por supuesto, no debía
ni saludarte.
CECILIA. ¿Por qué?
ADELA. Sin escribirme una carta
en tantos años.
CECILIA. En diez.
Cuando salí del colegio
en Alcoy me casé
con Juan que, como empleado,
anda más que un tren expres;
hija, y con hacer el mundo
y volverlo á deshacer,
no tengo un minuto libre
para emborronar papel.
ADELA. Tú recibiste mi esquela?
CECILIA. Sí; mas no te contesté,
porque entónces nos cambiaron

desde Búrgos á Jerez.

ADELA. Ah, pícara.

CECILIA. Ahora que vine
á la córte á pretender,
dije á Juan: «á ver á Adela,
mi amiga de la niñez.»

ADELA. Mas confiesa que conmigo
has sido ingrata.

CECILIA. Pequé.

ADELA. *Absolvo peccatis tuis.*

CECILIA. Pues beso al cura y amen.
Conque dime, tu marido
no es el tipo amante y fiel
que en el colegio soñábamos
con ingénua candidez?

ADELA. No tal, es el contra-tipo.

CECILIA. De veras?

ADELA. Todo al revés,
un marido homeopático,
porque apenas se le ve,
es de aparato tan solo
y por el bien parecer
como el coche de respeto
que lleva detrás el rey.

CECILIA. Picaronazo.

ADELA. Su padre,
cuando huérfana quedé,
fué mi tutor, me trataba
con paternal interés,
y creyendo hacer mi suerte
dejó dicho al fallecer,
que fuese mi esposo Emilio,
á quien de niña traté.
Él que se hallaba viajando
tuvo al punto que volver
á encargarse de la casa
segun mandaba la ley.
Supo que era su futura
y sin duda le gusté,
cuando me ofreció su mano
y nos casamos al mes.
Yo, que soy agradecida

al jurarle eterna fé,
el amor que tuve al padre
duplicado puse en él.
La luna de miel fué un soplo,
un relámpago, y despues
volvió á lanzarse á la vida
de esta revuelta Babel;
y es natural, en la calle
aún no han podido saber
si soy amable ó gruñona,
si sé latin ó francés.
No pone á mis gastos tasa,
vivo con esplendidez,
y hasta me regala joyas,
pero á palo seco.

CECILIA. Pues,
para ver si te alucina
y por cumplir; como aquel
que va dejando tarjetas
á los que no quiere ver.

ADELA. Ignora que de ese modo
jamás se calmó la sed
de cariño y de ternura
que ambiciona la mujer.
Qué se diría en los círculos
del gran mundo, en los cafés,
los pasillos de la Ópera
y hasta en el *Skating-club*,
si siempre fuese conmigo
á paseo, á las soarées,
como esos maridos *cursis*
que aún por fortuna se ven?
Que se hallaba esclavizado
por mí, tirano cruel,
que le trataba lo mismo
que á un negro del Dahomey.
Bueno y santo que le manden
y le exploten en tropel
todo género de amigos
y señoras de alquiler,
y en el teatro las floreras
que le dan siempre un clavel

y hasta las que venden céntimos
con cara de somaten,
pero su mujer? oprobio,
vergüenza é insensatez!
y así huyendo de un tirano
se encuentra con más de cien.

CECILIA. Bravo, bien, ni Castelar
estaría á tu nivel;
y basta de cosas tristes.

ADELA. ¿Cómo es el tuyo?

CECILIA. Al revés.
Et tipo que yo soñaba,
marido y novio á la vez
á los seis años estamos
en plena luna de miel.

ADELA. La mia salió eclipsada.

CECILIA. Nos llamaban en Jaen
el matrimonio merengue;
bien les hice relamer.
Cuando Juan está empleado
vivimos con sencillez,
ahorrando, y cuando hay borrasca
trabajo si es menester;
tú sabes cómo me anuncia
que nos quedamos á pie?
diciéndome, chica, saca
la máquina de coser.

ADELA. Ay, por Dios, vivid conmigo,
á ver si el milagro haceis
de que con tan buen ejemplo
más amerengado esté.

CECILIA. Gracias. Tenemos los pobres
nuestro orgullito tambien,
y yo sigo en mi farmacia,
ya sabes, Tesoro, seis.
Ya pensaremos el medio
de convertir á ese infiel,
que cree que está en Turquía
y puede tener haren.
Yo te lo traeré al terreno
fácilmente: anteayer
me hizo el coco en el tramvía

conque yo bailar le haré.

ADELA. Pues mira, tambien un íntimo
amigo de su merced,
me hace á mí el mismo animal,
pero con distinta piel.
Tenemos que hablar muchísimo.
Saldremos.

CECILIA. Espero á ver
qué nuevas trae de Fomento
mi enamorado doncel.

ESCENA VIII.

DICHAS y MATEO, por el fondo.

MATEO. (Ap.) (Pues señor, estoy resuelto
y he cerrado el escritorio.
Está el ama con visita,
no es el momento apropósito.)

ADELA. (Quién.) Mateo, no te vayas.

MATEO. Perdone usté si incomodo.

ADELA. Tú te acuerdas de Mateo?

CECILIA. Ya lo creo, el mayordomo
que al colegio nos llevaba.

ADELA. Mírale.

CECILIA. Está muy canoso.

ADELA. Ven y mira á esta señora.
¿Quién es? no caes? ah, bobo!

MATEO. La señorita Cecilia!

CECILIA. La misma.

MATEO. Ya veo poco.
Ay, Jesús, cuánto me alegro
de ver á usté entre nosotros;
de fijo le señorita
está bailando de gozo.

ADELA. No sabes que está casada?

MATEO. Ah, sí; y su señor esposo?

CECILIA. Tan bueno. Ha salido y vuelve.

ADELA. Esta sacó el premio gordo.
Por qué no viniste ayer?

CECILIA. Me mudé, y es un trastorno.

MATEO. Eran sus dias.

CECILIA. Perdona,

lo ignoraba.

ADELA. Te perdono.

MATEO. De fijo la señorita
dijo á usté en todos los tonos
que la abruma la riqueza.

ADELA. Estábamos en el prólogo.

MATEO. Que quisiera ser más pobre
de galas, joyas y adornos,
y más rica de cariño
y de amor en su consorcio.

CECILIA. Para que al nido volviera;
pues era un remedio heróico.

MATEO. Esa es su manía.

ADELA. En sueños
consigo mi afan tan sólo,
y sueño que somos pobres,
pero que somos dos tórtolos.
Despues te lo contaré,
es un sueño muy gracioso.
Ea, salimos ó no,
el cielo se pone fosco.
(Dirigiéndose al balcon.)

MATEO. Pobrecilla.

CECILIA. Sí.

MATEO. Ha soñado
lo que salió cierto.

CECILIA. Cómo?

MATEO. Es una desgracia inmensa.

ADELA. Parece que aclara un poco.
Vente al tocador conmigo
mientras vuelve tu palomo.

CECILIA. Ya te sigo.

ADELA. Hola, tú quieres
quedarte en largo coloquio
con Mateo, y tomar datos
para obrar con más aplomo.

CECILIA. Sí, justo, eso es.

ADELA. Entónces
me marcho y os dejo sólos.
No tardes. (Ya con Cecilia
se me hará el tiempo más corto.)
(Váse izquierda.)

ESCENA IX.

MATEO y CECILIA.

CECILIA. Cuenta qué ha sido.
MATEO. Que el amo,
que es un bendito en el fondo,
escuchando los consejos
del que quiere ser su socio,
me hizo imponer su fortuna
en la casa inglesa *Thomson*,
que ha quebrado en *Liverpool*,
segun dicen los periódicos.
Ya ve usté.
CECILIA. Oh, qué desgracia!
más siempre habrá un medio honroso
de conjurar la tormenta.
MATEO. Hay que sujetarse al Código,
y nada más.
CECILIA. Arruinados!
si no vuelvo de mi asombro.
Adela lo sabe?
MATEO. No.
CECILIA. ¿Y el señorito?
MATEO. Tampoco;
ya se lo dirán por fuera.
ADELA. (Dentro.) Cecilia.
CECILIA. Voy. Por de pronto
no saldremos á paseo.
MATEO. Me parece lo más lógico.
CECILIA. Puede una amiga indiscreta,
sin andarse en circunloquios,
decírselo de repente.
MATEO. Justo; y siempre es un bochorno.
CECILIA. Mateo, ahora es cuando yo
quisiera nadar en oro
para decirles: amigos,
cuanto tengo es de vosotros,
pero si es grande el deseo
los recursos son muy cortos,
y un empleado ambulante

hace más deudas que ahorros.

ADELA. (Dentro.) Cecilia, no vienes?

CECILIA. Voy.
Pero dispon de nosotros
para todo lo que creas,
que los dos útiles somos.
Casa, servicio y personas
á tus órdenes lo pongo.
De seguro mi marido
se queda al saberlo atónito:
si vuelve dile que espere
y ponle en autos de todo.

MATEO. Así lo haré.

CECILIA. (Pobre Adela,
lo que es yo no la abandono.)
(Váse izquierda.)

ESCENA X.

MATEO y á poco el BARON.

MATEO. Esta sí que es una amiga
de empuje y de corazon,
y no esas de relumbron,
gran corteza y poca miga,
que si saben lo que pasa
vendrán de mucha etiqueta
á dejar una tarjeta
con las señas de su casa.

BARON. (Fondo.) (Voy á ver si ya lo sabe.)
Me enteraré. Quién, Mateo...

MATEO. Ya está aquí ese macabeo,
pues señor, me pondré grave.
Ay.

BARON. (Suspira, es natural.)
Hola, Mateo.

MATEO. Ah!

BARON. Soy yo.

MATEO. Dispense usté, me asustó.

BARON. ¿Y cómo vamos?

MATEO. Tal cual.

BARON. ¿Y el señorito?

MATEO. Ha salido.
BARON. Sabes...
MATEO. Si apenas le ví...
BARON. Yo tampoco me atreví.
MATEO. Es usté muy encogido.
BARON. Cuando la señora ayer
nos dejó...
MATEO. Sí, en la estacada.
BARON. Nos salimos de escapada
á los Cisnes á comer,
y no era momento aquel,
ni encontré forma ni modo
de decirle...
MATEO. Sobre todo
cuando convidaba él.
BARON. Ni es tampoco tan sencillo,
ni á un amigo se descubre...
MATEO. Ni iba usté á darle ese *ordubre*
á modo de pepinillo.
BARON. Nos fuimos despues al Real,
y á cenar; luégo él se fué,
y yo me marché al café,
donde hice punto final.
MATEO. (Pues ya lo saben por tí
en Madrid y sus contornos.)
BARON. Allí se lo dije en Fornos
á los amigos que ví.
MATEO. Ha sido usté el trompetero,
le ha cabido á usté ese honor.
BARON. Y Adela?
MATEO. En el tocador
con una amiga.
BARON. Pues quiero ..
MATEO. Ya, darla el escopetazo?
No lo sabe todavía.
BARON. Ah, entónces...
MATEO. Eso sería
dispararla un trabucazo.
BARON. Yo soy un amigo fiel.
MATEO. (Y bien probado lo tienes.)
BARON. Poseo en la Alcarria bienes.
MATEO. Pues no le gusta la miel.

BARON. Esta noche no he dormido.
MATEO. Le sentó á usté mal la cena?
BARON. Hombre, no.
MATEO. Ah, creí...
BARON. De pena
por Adela.
MATEO. Y su marido?
BARON. Tambien por él, claro está;
pero hay que compadecer
mucho más á la mujer,
porque es la más débil.
MATEO. Ya.
BARON. Si no tarda mucho, espero.
MATEO. Justo, espérala... sentado.

ESCENA XI.

DICHOS y JUAN por el fondo muy alterado.

JUAN. Jesús, vengo sofocado.
BARON. Quién es este caballero?
JUAN. Y Cecilia, mi mujer?
MATEO. (Es su esposo.) Dentro está.
Y el amo?
JUAN. Luégo vendrá.
Ay, no me puedo tener! (Sentándose.)
MATEO. Se ha mojado usté?
JUAN. Bastante,
ha caido un chaparron
y yo llevaba baston
cuando eché á correr delante.
MATEO. Qué ha pasado?
JUAN. Pues señor,
fuimos los dos á Fomento
y nos recibió al momento
su amigo, que es Director.
Se puso al vernos de pie,
la mano á Emilio estrechó
y muy amable exclamó:
«Siento el disgusto de usté.»
Me han dicho que usté tenía
todo el caudal realizado

en la casa que ha quebrado
de Thomson y Compañía.»
«Ha quebrado, santo cielo!»
dijo Emilio con sorpresa,
apoyándose en la mesa
para no caer al suelo.
Yo á sostenerle acudí
que estaba como un difunto,
el otro vió el golpe al punto,
y volviendo sobre sí,
«lo sé por un compañero»
añadió, «que en el café
lo oyó á un títere que fué
á propalarlo el primero.»

BARON. Cómo títere? Yo fuí
quien la desgracia contó.

JUAN. Usté?

MATEO. (Bien te conoció.)

JUAN. Yo refiero lo que oí.

MATEO. Diga usted, qué es del señor?

JUAN. Se fué á casa de Guerrero,
que creo que es un banquero,
para enterarse mejor.

BARON. Es amigo de la infancia,
Voy á ver si está aún allí.

MATEO. (Sí, porque estorbas aquí.)

JUAN. (Que señor tan sin sustancia!

BARON. Ya volveré... (á consolarla.)
No debo cejar ahora.)
Ah, que sepa la señora
que he venido á visitarla.
No es visita de etiqueta,
sino de amistad. (Dándole una tarjeta.)

MATEO. Ya sé,
tendré que doblarle á usté...
la punta de la tarjeta.

BARON. Bien. Servidor.

JUAN. Servidor...

BARON. (Este es el perro mastin;
más como yo triunfe al fin
será ménos ladrador. (Váse por el fondo.)

ESCENA XII.

JUAN, MATEO y á poco CECILIA y ADELA.

MATEO. Qué trasto!
JUAN. Si usté quisiera...
MATEO. Mande usté.
JUAN. Pasar aviso
á mi mujer que ya he vuelto.
(Hay para perder el juicio.)
MATEO. Voy. (Parece muy buen hombre.)
CECILIA. (Izquierda.) Mateo, ya no salimos,
cómo llueve... Juan!... no sabes?
JUAN. Sí, todo, y tambien Emilio.
CECILIA. ¿Pero te has mojado?
JUAN. Un poco.
ADELA. (Izquierda.) Cecilia, dónde te has ido?
Hola, ya dió usté la vuelta,
y qué?
JUAN. (Yo no se lo digo.)
Pues, promesas... lo de siempre...
se enteró de mis servicios.
ADELA. Está usté muy alterado.
CECILIA. Se ha mojado y quizá el frio...
es preciso que te seques,
la humedad daña muchísimo.
ADELA. Vé al despacho; hay chimenea,
y le darán otro abrigo.
CECILIA. Acepto el ofrecimiento,
hija, qué quieres, le cuido,
porque de estas gangas pocas.
ADELA. Haces muy bien, cuida al niño.
(Mateo pasa á avisar al criado de Emilio.)
JUAN. (Pobrecilla, me da pena.)
MATEO. Ya está el criado advertido.
CECILIA. (Á Mateo.) Empezaba á prepararla,
mas me quedé en el principio.)
(Vánse derecha.)

ESCENA XIII.

ADELA y MATEO.

ADELA. No vuelve muy satisfecho.
Lo siento porque le estimo.
Dí, qué hablaste con Cecilia
que entró con el rostro lívido
y no ha hecho más que decirme:
Adela, cuenta conmigo.
MATEO. Yo... no...
ADELA. Calle, tambien tú
estás cariacontecido.
¿Ocurre alguna desgracia
ó amenaza algun peligro?
MATEO. Es segun.
ADELA. Algo sucede,
vas ahora mismo á decírmelo.

ESCENA XIV.

DICHOS y EMILIO, agitado.

EMILIO. (Fondo.) Mateo, Mateo.
MATEO. El amo.
ADELA. Emilio, te sientes mal?
vienes agitado.
EMILIO. No.
ADELA. (Vírgen santa, qué será?)
EMILIO. Oye, impusiste los fondos
en la casa comercial
de Thomson y Compañía?
MATEO. Usté lo mandó.
EMILIO. Es verdad,
pero ha quebrado y entónces
yo estoy arruinado.
ADELA. (Ah!
esa será la noticia
que no me querían dar!

Oh, por qué me causa pena
el ver logrado mi afan?)

EMILIO. Tenemos fondos?

MATEO. Los que hay
responden á obligaciones
que á fin de mes vencerán.

EMILIO. Mi honra está comprometida,
me va este golpe á matar.

ADELA. (Oh, no, yo debo animarle.)
Emilio, serenidad;
por Dios, con desesperarnos
no conjuramos el mal.

MATEO. Dice bien la señorita.

ADELA. Todo se puede arreglar,
cercenamos nuestros gastos,
nos reducimos y en paz.

MATEO. Por mi parte ofrezco á usted
capear el temporal,
y no suspender los pagos
sino en una extremidad.

EMILIO. Vende fincas, coches, todo
para aumentar el caudal
que responda del pasivo,
aunque me quede sin pan.

ADELA. Por estrechos que vivamos
nunca quejarme me oirás
y contigo me resigno
á vivir en un desvan.

EMILIO. Adela!

MATEO. Es un ángel.

ADELA. Ea,
pues tú el ejemplo me das
haré mis economías
y liquidacion—formal.
Te entrego mis aderezos,
son bastantes, y ojalá
toda la tienda de Marzo
te la pudiera entregar.

EMILIO. Mas yo permitir no puedo...

ADELA. Yo mando en mi propiedad.
Pues estaría bonito
que te supieses privar

de las mil comodidades
á que acostumbrado estás,
y yo siguiera luciendo
trajes y aderezos, ¡bah!
yo me he casado contigo
y no con tu capital;
que eres rico, gasto trajes
nevados y sin nevar;
que eres pobre, me contento
con un traje de percal.
En teniendo tu cariño,
qué me importa lo demas?

MATEO. (Ahora la daría un beso!
me dan ganas de llorar.)

EMILIO. Oh, gracias!

ADELA. Es que no sabes
de lo que yo soy capaz.

EMILIO. Lo que siento es que ahora todos
por mera curiosidad,
me abrumarán á preguntas
y el pésame me darán.

ADELA. Y muchos que te explotaban
tendrán inmenso pesar,
porque estando tú arruinado
el filon se les fué ya.

EMILIO. Quisiera encontrar un medio
que no achacaran á mal
de salir fuera unos dias
y huir de la sociedad.

MATEO. Pues bien, yo encontré ese medio.

ADELA. Dí; Mateo es muy sagaz.

MATEO. No está usté diciendo siempre
que á Alhama se va á curar?

EMILIO. Sí.

MATEO. Pues yo sigo pagando
y ustedes se van allá,
y están una temporada,
quince dias bastarán.

EMILIO. Bueno.

ADELA. (Con él quince dias!
voy á tener que bailar
de gozo, porque me arruino;

lance más original!)
Partiremos esta noche.
(Yo no lo dejo escapar.)
EMILIO. Como quieras, yo estoy listo.
ADELA. Pronto se arregla un cabá.

ESCENA XV.

DICHOS, CECILIA y JUAN.

JUAN. Ea, ya estoy seco.
EMILIO. Calle,
aquí Cecilia y don Juan!
CECILIA. Le sequé á la chimenea,
me tomé esa libertad.
EMILIO. Usté manda en esta casa.
MATEO. Ya nada ignora.
JUAN. (Á Emilio.) Qué tal?
se halla usté bien?
EMILIO. Sí.
JUAN. Ahora y siempre
cuente usté con mi amistad.
CECILIA. Adela!
ADELA. Cecilia mia!
CECILIA. Hija, me perdonarás,
pero no sabía cómo
darte la nueva fatal.
Cómo te sientes?
ADELA. Me encuentro
de un modo muy singular.
Me apesadumbra que Emilio
sufra ese golpe mortal,
y me alegra ver mi sueño
convertido en realidad;
por eso tan encontrados
mis sentimientos están,
y estoy alegre y muy triste
y rio y lloro á la par.
CECILIA. Pobre Adela.
MATEO. Ya anochece

y el tren va á salir.

CECILIA. Se van?

ADELA. Sí, nos marchamos á Alhama.

CECILIA. Á Alhama? qué atrocidad!

JUAN. Con este tiempo tan húmedo
van ustedes á enfermar.

EMILIO. Por huir de las visitas.

MATEO. De pésames y demas.

CECILIA. Pues sería más prudente
venirse á mi palomar.

JUAN. Mientras el tiempo serena.

CECILIA. Es lo más sano que hay.
Se ve el Pardo.

JUAN. Donde iremos
todos al fin á parar.

CECILIA. Y para los cuatro tiene
bastante comodidad.

MATEO. No es mala idea; y se dice
que están ustedes allá.

ADELA. Yo por mí si Emilio quiere...

EMILIO. Lo dejo á tu voluntad.

CECILIA. Pues entónces ya no hay duda
y queda aceptado el plan.

ADELA. Me echo el velo en un minuto.
(Entra y vuelve á salir á poco con él puesto.)

EMILIO. Mateo, á vernos irás.

MATEO. Un dia si y otro tambien.
Tenga usté tranquilidad,
que le enteraré de todo.

ADELA. Ya estoy hasta con cabá.

JUAN. Ni ese adminículo falta.

MATEO. Y ahora de dos en dos
en paz y en gracia de Dios...

CECILIA. Sí, justo; á Alhama... la alta.
(Juan da el brazo á Cecilia y Emilio á Adela.)

JUAN Qué cuarteto mas lucido!

MATEO. Y en casa al perro se deja.

JUAN. Cada cual con su pareja.

CECILIA. Cada cual con su marido.

ADELA. De su brazo! qué alegría!
hoy mi boda se celebra,
¡bendita sea la quiebra

de Thomson y Compañía!

(Echan á andar y Mateo los sigue saludándolos. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Habitacion modestamente amueblada. Puerta en el fondo y laterales. Sillas y brasero. Máquina de coser y camilla.

ESCENA PRIMERA.

EMILIO y JUAN.

JUAN. Valor y no amilanarse,
si los pagos continúan
la bancarrota es á medias,
como quien dice, presunta.

EMILIO. Es verdad, mas lo que siento
es que Adela por mi culpa
pueda verse reducida
á una indigencia segura.

JUAN. No es de usté la culpa toda,
y los negocios fluctúan,
y el que se arriesga en empresas
ya es sabido, ó se hunde ó triunfa.

EMILIO. Mas yo por imprevision,
como dirá la voz pública,
arriesgué todos mis fondos
en una jugada única.

JUAN. Y despues de todo Adela

con gusto á brillar renuncia,
y está más entretenida
y mas contenta que nunca.
Al ménos, así lo dice;
y lo prueba su conducta;
y tragina con Cecilia
y á sus quehaceres le ayuda.
Por la noche ó muy temprano
en sus mantos se arrebujan,
y van á misa ó de tiendas
y á nadie ven ni saludan.

EMILIO. Salieron?

JUAN. Ya hace un buen rato
han ido á buscar costura
á un bazar de ropa blanca
llamado, «El Sol de la Industria.»

EMILIO. Oh, pobre Adela; es horrible
que siendo inocente sufra
las funestas consecuencias
de mi torpeza ó mi incuria.

JUAN. Pero si ella se conforma,
por qué usté tanto se angustia?
Con quererla más la paga
su abnegacion con usura.
Las mujeres son lo mismo
que los diamantes; las unas
como los americanos
no valen lo que figuran,
las otras son piedras finas
de gran precio y hermosura,
y que cortando el cristal
toda su bondad denuncia.
Y el cristal es la desgracia
en la marital coyunda;
la buena esposa lo quiebra,
la mala en él se despunta.
Nosotros dos, que tenemos
conforme manda la rúbrica,
dos diamantes conyugales
de inestimable finura,
debemos cuidarlos mucho,
que hoy esas joyas no abundan,

y mostrarnos orgullosos
de nuestra rara fortuna.
Como esos elegantones,
que para alfileres usan
diamantes de gran valor,
que como nueces abultan,
y con el pecho sacado
van diciendo: «atrás, gentuza,
«boca abajo todo el mundo,
»que este diamante deslumbra.»

EMILIO. Me hará usté reir.

JUAN. Es claro:
quiere usté que contribuya
á fomentar su tristeza
y á contarle desventuras?
Mi deber, ya que me ha honrado
elevándose á mi altura,
es tratar de distraerle
mientras la tormenta ruja.
Tanto es así, que si usté
consolarse no procura
creeré que está mal aquí
y de nuestro afecto duda.

EMILIO. Eso jamás, y me ofende
si tan ingrato me juzga;
pero me aflige este golpe
que otros mayores me anuncia,
y estoy resuelto á vencer
ó á sucumbir en la lucha.

JUAN. Qué dice usté, amigo mio?
No haga usted una locura.

EMILIO. Encargo á usté la reserva.

JUAN. Segun, aunque no me gusta
ser parlanchin, yo no debo
ser cómplice.

EMILIO. Usté me escucha?

JUAN. Sí; pero el caso es que el hombre
no debe perder la brújula.

EMILIO. Saldré para Liverpool
en cuanto fondos reuna,
y si allí en la fuente misma
pierdo mi esperanza última,

me embarcaré para América
á rehacer mi fortuna.

JUAN. Va usté á abandonar á Adela?

EMILIO. Voy á reparar mis culpas.

JUAN. Pero eso es matarla, vamos,
tenga usté calma y cordura.

EMILIO. Ya lo he resuelto.

JUAN. Los hombres
tambien de opiniones mudan,
y usted no es aragonés,
que es raza muy testaruda.

ESCENA II.

DICHOS y MATEO por el fondo.

MATEO. Se puede pasar?

EMILIO. Mateo!

MATEO. Buenos dias nos dé Dios.

JUAN. Muy buenos.

MATEO. Hoy llego tarde,
se me ha parado el reló.
Sigue usté bien, señorito?

EMILIO. Sí, Mateo, bien estoy.

JUAN. Pero quiere irse á Inglaterra,
y eso sería un horror.

MATEO. Cómo?

EMILIO. Á Liverpool me llama
mi propio decoro.

MATEO. (Oh,
no se irá.)

JUAN. Y despues á América,
que es el remedio peor.

MATEO. Y las señoras?

JUAN. Tan buenas;
fueron á su obligacion.
Adela está contentísima
con un apetito atroz.
Claro, aquí el aire es purísimo,
oxígeno superior;
como es de primera mano

sienta muy bien al pulmon.

EMILIO. Sigues al frente de todo
y pagando?

MATEO. No que no,
mientras quede un perro chico
allí estará el pagador.
Por lo demas nada ocurre
y traigo el correo de hoy.

JUAN. Pero eso es una balija.

MATEO. Hay muchas del interior.

EMILIO. Serán pésames de boca
y de buena educacion.

JUAN. Eso de seguro.

EMILIO. Y dime,
nadie por mí preguntó?

MATEO. Sí, antes de ayer al portero
fué á preguntar el Baron.

JUAN. Él fué de la bancarrota
el trompetero mayor.

EMILIO. Pero es mi mejor amigo.

MATEO. Conserve usté esa ilusion.

EMILIO. (Hice bien en avisarle,
y así esa prueba le doy.)

MATEO. No va usté á leer las cartas?

EMILIO. No me encuentro ahora de humor..
Á Thomson y Compañía
debo anunciarles que voy;
y á Paris, tengo banqueros
que íntimos amigos son.

JUAN. Pero usté ha reflexionado...

EMILIO. Me va usté á hacer un favor?

JUAN. Cuál?

EMILIO. Repasar con Mateo
las cartas.

JUAN. Pero por Dios!

EMILIO. Luégo me dicen ustedes
lo importante, y se acabó.
(Entra en el cuarto de la derecha.)

ESCENA III.

JUAN y MATEO.

JUAN. Nada, se ha empeñado en irse,
el hombre tiene teson;
yo lo siento por Adela.
MATEO. No se irá, respondo yo.
Y ha estado estos ocho dias
muy triste?
JUAN. Sí, hecho un huron,
que es el anuncio sin duda
de la bomba que hoy saltó.
Ya anochecido salimos
á dar un trote los dos
envueltos en nuestras capas
con sigilo y precaucion;
mas como es tan conocido
y á los baños se marchó,
vamos siempre haciendo eses
por temor á un encontron.
Y de repente me dice:
«por allí viene Quirós»
y á la otra acera corriendo
«huy, aquel es Armengol,»
y hacemos otra pasada
feriando algun pisoton,
y parecemos tramposos
cuando ven á un acreedor.
Y esas cartas las leemos?
MATEO. Á usté le cedo ese honor;
ya haremos los comentarios.
JUAN. Pues empiezo y atencion.
(Leyendo.) «Querido primo: He sabido tu »desgracia, y cree que pocos lo sentirán »tanto como yo. Estoy pronto á ofrecerte el »dinero que necesites, pero...»
MATEO. No siga usté, que ese pero
ya todo su fruto dió.
JUAN. Es claro, siendo de un primo
era seguro el sofion..

(Leyendo.) «Querido Emilio. ¿Es cierto lo
»que me han dicho? ¿Has hecho bancarrota?
»Me necesitas? Quieres algo?»
Huy, parece un catecismo,
pues no es poco preguntón.

JUAN. Cuentas propias.

MATEO. Sí, y agenas,
es muy rumboso el señor.

JUAN. Hola, letra femenina
y una u de corazon.

MATEO. Es la Virtudes... de mote;
pues ya la patita alzó.

JUAN. (Leyendo.) «Hemilio... iba á enviar *tela cuenta cuandoesa bido tufu ga lama Ay vá*! Que *tea livies. Tulla* Virtudes. *Pos data. Boy a Paris* con *un higo* de un marqués.

MATEO. Buen viaje.

JUAN. Qué alma tan noble.

MATEO. Qué letra y qué redaccion.

JUAN. Claro, escribe como baila,
con los piés; es de rigor.
Los demas serán lo mismo,
pésames de mogollon.

MATEO. Han llamado.

JUAN. Serán ellos.

MATEO. La señorita, es su voz.

ESCENA IV.

DICHOS, ADELA y CECILIA, entran por el fondo.

ADELA. Á mí el andar no me pesa.

CECILIA. Por fin llegamos al cielo.

ADELA. Voy á levantarme el velo,
que ya el incógnito cesa.

MATEO. Muy buenos dias, señoras.

ADELA. Tenlos muy buenos, Mateo.

MATEO. Ustedes por lo que veo
siempre tan madrugadoras.

JUAN. Es muy sano el madrugar.

CECILIA. La medicina mejor.

ADELA. No tengo muy buen color?
MATEO. Si ha empezado usté á engordar.
ADELA. ¿Y Emilio?
MATEO. Dentro escribiendo.
JUAN. Esa es la gran medicina.
CECILIA. ¡Ay, qué escalera tan pina!
JUAN. Ya bajaremos si asciendo.
MATEO. Aquí más que en otras partes
son estas torres comunes.
CECILIA. Se empieza á subir en lúnes
y se llega arriba en mártes.
ADELA. Fué andaluz tu padre?
CECILIA. No.
Lo era mi abuelo.
ADELA. Pues basta;
haces honor á tu casta.
CECILIA. Ya me lo sabía yo. (Rien.)
MATEO. De qué buen humor están!
JUAN. Es de lo que no se usa.
MATEO. (El amo no tiene excusa..,
si habré logrado mi plan?)
JUAN. Qué traes ahí?
CECILIA. Trabajo
para la máquina.
JUAN. Bueno.
ADELA. La ayudaré.
CECILIA. Y la condeno
á estar cosiendo á destajo.
Es del gran bazar; por cierto
que segun nos han contado,
el lance que hoy ha pasado
haría reir á un muerto.
Don Ramon, el principal,
tomó ayer mancebo nuevo,
era gallego el mancebo
sin práctica comercial,
y esta mañana al poner
letreros en cada prenda...
ADELA. Hizo aquello una merienda
que no había más que ver:
CECILIA. Y fué preciso arreglar
de nuevo el escaparete,

y el mozo lió el petate
y se volverá al lugar.

MATEO. Pero usté no me pregunta
cómo van nuestros asuntos?

ADELA. Estamos los cuatro juntos
y es deliciosa esta junta.
Tengo á Emilio noche y dia
y aquí me encuentro en mis glorias,
déjame en paz y memorias
á Thomson y Compañía.

CECILIA. Vales un mundo.

ADELA. Un baul?

JUAN. No, es un mundo sublunar.

MATEO. Pero aún se puede arreglar
la cuestion de Liverpool.

ADELA. Que no se arregle tan pronto;
la quiebra tiene ventajas
y no me llueven alhajas
ni paso la vida en tonto.
Ocúltale la verdad
si se arregla á mi marido,
ay, Mateo, te lo pido
con mucha necesidad.

MATEO. Haré lo que usted me exija
aunque los fondos rocobre.

JUAN. Vamos, que quiere ser pobre.

CECILIA. Qué mal gusto tienes, hija.

JUAN. La una, voy al café,
me citó el primo á las doce.

CECILIA. Ya tu pachorra conoce.

JUAN. Anoche le dieron té.

CECILIA. Y á tí que te dan?

JUAN. Discurro
que á mí me darán turron.

CECILIA. Eres un santo varon
que crees que vuela un burro.

ADELA. Y por qué has de pensar mal?

JUAN. Mi gratitud será inmensa
y donde ménos se piensa
salta...

MATEO. Pues, la credencial.

JUAN. Yo voy á ver lo que salta.

ADELA. Celebraré que sea un pavo.
MATEO. Ó algun faisan.
JUAN. Pronto acabo
y vuelvo á subir sin falta.
CECILIA. La Magdalena te guíe
y nos dé algun alegron.
ADELA. Mejor San Pascual Bailon
que es santo que baila y rie.
CECILIA. Pues que te guien los dos.
ADELA. Dónde va usté, mal marido,
y el abrazo?
JUAN. Fué un descuido.
Hasta luégo.
CECILIA. Abur.
ADELA. Adios.
(Juan se va por el fondo.)

ESCENA V.

DICHOS ménos JUAN.

CECILIA. Lo mismo que tantas otras
volverá esta vez sin nada.
ADELA. Eres muy desconfiada;
á la máquina nosotras.
MATEO. Si hay que trabajar á ello.
CECILIA. Hoy no puedo acompañarte,
te he prometido enseñarte
á hacer dulce de cabello.
Es preciso preparar
el almíbar.
ADELA. Sí? pues vé.
CECILIA. Y cuando ya en punto esté
vendré corriendo á avisar.
ADELA. Yo te pondré la ceniza
cuando más práctica adquiera.
CECILIA. Bueno.
ADELA. Hasta luégo, dulcera.
CECILIA. Hasta despues, aprendiza.
(Váse izquierda.)

ESCENA VI.

MATEO y ADELA.

ADELA. Pero Emilio por lo visto
no concluye de escribir.
MATEO. Voy á ver.
ADELA. Está muy triste.
MATEO. Es natural, tiene esplin
como se juzga arruinado,
por eso se encuentra así.
Aún está dando á la pluma.
ADELA. Ó poco he de conseguir
ó he de hacer que se consuele
viéndome á mí tan feliz.
MATEO. Pues ha llegado el momento
de que logre usté impedir
que salga para Inglaterra.
ADELA. Piensa abandonarme?
MATEO. Sí,
va á Liverpool á enterarse
de la quiebra mercantil,
y si es cierta su desgracia
dirigirse á otro país,
á hacer de nuevo dinero
ó en la empresa sucumbir.
ADELA. Pero esa es una locura.
MATEO. De las mayores que ví,
y hará usté una buena obra
si le obliga á desistir.
ADELA. ¿Más cómo?
MATEO. Usté en su talento
hallará más de un ardid
para atraerle al reclamo
lo mismo que á una perdiz.
ADELA. Vamos, he de conquistarle
despues de los años mil.
MATEO. Para que vaya el marido
por donde debía ir.
ADELA. He de volverme coqueta?

MATEO. Qué remedio.
ADELA. Pero en fin,
seducir una á su esposo
no es perder á un infeliz.
MATEO. Ni es seduccion de menores
ni los ojos le va á abrir,
que los tiene más abiertos
que un mascaron de tapiz.
ADELA. Yo haré lo que pueda.
MATEO. Ea,
ya ha acabado y va á salir.
ADELA. Pues voy corriendo á la máquina.
MATEO. Bien pensado, desde ahí
ve usté cómo viene el pájaro
y pum, dispara el fusil.
Aquí está.

ESCENA VII.

DICHOS y EMILIO.

EMILIO. Lleva esas cartas.
ADELA. Hola, ya sales al fin?
EMILIO. Hola, mujercita mia.
MATEO. (Bravo, si empiezan así
pronto cantan aleluya;
ahora me debo escurrir.)
El correo no trae nada
de aquí (Señalando el bolsillo.)
y se fué lo de aquí.
(Indicando el baile.)
EMILIO. Bueno, vete.
MATEO. Desengaños,
eso era de presumir.
(El buzon es mi bolsillo.
(Á Adela.) Buena suerte y á la lid.)
(Váse por el fondo.)

ESCENA VIII.

EMILIO y ADELA.

Adela empieza á trabajar á la máquina.

EMILIO. No te canses trabajando;
segun á un médico oí
es nocivo para el pecho
ese contínuo tragin.
ADELA. Cuando es á ratos no importa;
y luégo hay que discurrir
el medio de hallar ingresos
para la lista civil.
EMILIO. Eso á mí me corresponde
y no puedo permitir
verte por mí reducida
á ese trabajo servil.
ADELA. Servil llamas al trabajo
de la máquina? es muy *chic*.
EMILIO. (Por no disgustarme finge...
qué torpe, qué torpe fuí.
ADELA. (Que se ha levantado y ha venido á colocarse detrás de Emilio.)
¿En qué piensas, maridito?
EMILIO. Ah! yo en nada.
ADELA. Eso es mentir.
Yo sé en lo que tú pensabas
y en tus ojos lo leí.
Cuidado si es tonto el hombre,
que juzgándose un Merlin,
teniendo la dicha en casa
la sale fuera á pedir.
EMILIO. Es verdad.
ADELA. Pero estás triste;
si hubiera piano aquí
te entretendría tocando,
y toco ménos que *Listz*,
y cantaría de tiple,
tú sabes que doy el sí.

Canto de *Gounod*, de *Schubert*
y de la *musique classique*.

EMILIO. (Vamos, estoy de remate,
ni yo me puedo sufrir.)

ADELA. Sabes que el tiempo está fresco?
en la calle corre un grís...
vente al brasero conmigo,
no hay tufo, puedes venir.
(Se sientan al brasero., Adela con la bad ila en la mano.)
Revuelve tú.

EMILIO. No, hija mia,
yo bastante revolví. (Pequeña pausa.)

ADELA. Pero, hombre, alégrate un poco;
no tengas tan mal cariz,
pon la cara más risueña
y toma ejemplo de mí.
Ya estarías más contento
si te hallases *vis á vis*
de una mujer seductora
y de correcto perfil.

EMILIO. Sí, pero tú no eres fea
y no puedo consentir...

ADELA. De ojos negros y rasgados
que están tocando á motin.

EMJLIO. Los tuyos son muy hermosos
y los veo relucir.

ADELA. (Empieza á mirarme ahora;
debo estar como el carmin.)
Boca graciosa.

EMILIO. La tuya
hace al amor sonreir;
vaya y con sus dos hoyitos.

ADELA. (Vamos, que le hago tilin.)
De discrecion y talento.

EMILIO. Pero tú no eres cerril.

ADELA. De mano aterciopelada.

EMILIO. Pues la tuya no es de crin.

ADELA. Á cuántas nos habrás dicho
lo mismo; seremos mil.
Francamente, eres muy guapa,
y de fijo por Madrid

se pasearán muy pocas
de tu belleza y esprit.

ADELA. Sí?

EMILIO. Te lo juro.

ADELA. Pues eso,
enamorado Amadís,
cuénteselo usté á mi esposo
cuando venga por ahí.

EMILIO. (Levantándose.)
(Tiene razon, á estas fechas
me empiezo yo á derretir;
me estoy poniendo en ridículo;
despues de tanto desliz...)

ADELA. Emilio, ¿te has enfadado?
perdona si te ofendí.

EMILIO. Es que me ofendo á mí mismo,
y estoy nervioso y febril.
Nada, de mi plan no cejo
y me debo redimir.

ADELA. Marchándote de mi lado,
no es verdad?

EMILIO. ¿Tú sabes?...

ADELA. Sí.
Y yo seguiré viviendo
en este chiribitil
con estos buenos amigos
que se interesan por mí,
y si al verme solitaria
un amante paladin
insistiera en sus obsequios,
que ni aun en broma admití,
tendría que repetirle
con entonacion hostil:
«Baron, mi honor no consiente
que vuelva usté más aquí.»

EMILIO. Baron has dicho? Canario,
conque ese chisgarabis...

ADELA. He dicho baron lo mismo
que conde, duque ó visir.
¿Pero te vas?

EMILIO. Esta noche;
eso ya lo decidí.

ADELA. Vete ahora mismo corriendo
y toma el ferro-carril,
y mientras andas buscando
otro nuevo Potosí,
viajando y viendo países
que distraerán tu esplin,
yo lo mismo que la rosa
que secos tallo y raiz
con el frio del invierno
se marchita en el jardin,
viviré huérfana y triste,
y siempre pensando en tí.
Vete, ya estoy resignada;
si no vuelves al redil
diré para mí solita,
«qué desgraciada nací.»
Si la mujer es muy débil
como los hombres decís,
y es ser que ha venido al mundo
tan sólo para sentir,
y lo mismo que hoja seca
que lleva el viento tras sí,
si al corazon se le habla
nunca supo resistir,
¿por qué no sois nuestro apoyo
como el olmo es de la vid?
por qué engañais á la pobre
que no sabe discurrir?
Y si es accion generosa
socorrer á un infeliz,
guiar al ciego que siempre
en sombras ha de vivir,
por qué no ha de ser tan digno
y meritorio, decid,
amparar á la que nace
para querer y sufrir?
¿Y qué pide á su marido
la que al doblar la cerviz,
da á un hombre al darle su mano
nombre, honor y porvenir?
Amor, la vida del alma
que adora con frenesí;

la limosna del cariño
que entre tantas repartís.
Por eso más de una, al verse
engañada por el vil
que faltó á su juramento
dando un sacrílego sí,
se olvidó de sus deberes;
y por venganza pueril
imita al que le debia
enseñar y dirigir.
Otras como yo, devoran
todas sus penas aquí,
y así el mal que mata el alma
no va á la cara á salir.
Y perdonan al ingrato
como te perdono á tí,
y guardo mi honra que es tuya,
y entre dos no he de partir.
Mas si alguna vez contemplo
á un matrimonio feliz
que dos almas que se quieren
en una saben fundir:
siento un pesar tan profundo,
y una angustia tan febril,
que sólo sé al contemplarlos
entre lágrimas decir:
«Dios mio, por qué nosotras
no habremos de ser así,
por qué á mí que te amo tanto
me hace de pena morir?» (Rompe á llorar.)

EMILIO. Perdóname, Adela mia,
porque ya me arrepentí,
y desde hoy he de ser siempre
tu enamorado Amadís.

ADELA. Me quieres?

EMILIO. Con entusiasmo.

ADELA. Me adoras?

EMILIO. Con frenesí.

ADELA. Dímelo otra vez.

EMILIO. Te adoro.

ADELA. Vuélvemelo á repetir.

EMILIO. Quinientas veces.

ADELA. Pues sigue
hasta que sean cien mil.

ESCENA IX.

DICHOS y CECILIA.

CECILIA. Ya está el almíbar en punto.
ADELA. Y tanto.
CECILIA. Abur, volveré.
EMILIO. Por mí no se vaya usté.
ADELA. Ya está arreglado el asunto.
CECILIA. Conste que no fué indirecta,
ni mala intencion venía
cuando en la mano traía
la cocinera perfecta.
ADELA. Justo.
CECILIA. Ven, y en un instante
el dulce está concluido.
ADELA. Ya he endulzado á mi marido
que me ha costado bastante.

ESCENA X.

DICHOS y MATEO.

MATEO. (Fondo.) El Baron...
EMILIO. Que entre, lo mato:
veremos si en mi presencia...
CECILIA. Emilio.
ADELA. Por Dios, prudencia.
MATEO. Á qué viene ese arrebato?
EMILIO. No quiero que por cumplido
en la antesala se quede.
MATEO. Digo que el Baron no puede
subir porque ya está huido.
En el portal le encontré
y le dije: «alto, Baron,
»ahorro á usté la ascension,
—»¿cómo?—Que no suba usté.

»Vaya usté á contar á Fornos,
»usté que es tan parlanchin,
»para que se sepa al fin
»en Madrid y sus contornos,
»que le quiebra es bobería
»y no hay ningun contratiempo,
»ni llegó el aviso á tiempo
»á Thomson y Compañía.
»Y por lo tanto la casa
»hoy más boyante se ve.»
—Me alegro, dijo, y se fué
lo mismo que bala rasa.

CECILIA. Pues la invencion tiene gracia.

ADELA. Despides muy bien los huéspedes.

MATEO. Es que á la casa de Céspedes
no alcanzó la desgracia.

EMILIO. No compraste?

MATEO. No.

ADELA. ¿Qué dice?

MATEO. Usté me mandó una cosa
que no creí provechosa,
y es natural, no la hice.
El Baron fué quien leyó
la noticia y armó el lío.

EMILIO. Tú me dijiste...

MATEO. Amo mio,
no dije ni sí ni no.
La señorita quería
ser pobre... por no estar sola,
y viendo correr la bola
no dije esta boca es mia.

EMILIO. ¿Conque no voy á quebrar?

ADELA. Ay, conque vuelvo á ser rica?

CECILIA. Adela.

ADELA. Qué pena, chica,
si casi voy á llorar...
volveré á la joyería
y á mi vida solitaria
y á ser casada honoraria
sin sueldo ni cesantía.

EMILIO. No, Adela, si ciego estaba
ya al sol los ojos abrí,

que el esposo empieza aquí
donde el calavera acaba.

MATEO. Logré mi plan.

CECILIA. De seguro
lo cumplirá, no lo dudes;
tendré todas las virtudes.

ADELA. Ménos una.

EMILIO. Te lo juro.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS y JUAN.

JUAN. (Fondo.) Guarda la máquina.

CECILIA. Juan.

JUAN. Guarda la máquina y pronto.

CECILIA. Pero hombre no seas tonto,
ay que arrebatos te dan.

JUAN. El té salió superior,
voy de oficial á Granada,
con que es un té con tostada;
mi primo está en gran favor.
Guarda la máquina.

CECILIA. Bien.

JUAN. Y á dejar estas paredes
corriendo.

EMILIO. Damos á ustedes
el mas cordial parabien.

JUAN. Allí tambien tendrán casa
mientras se aclara el nublado.

CECILIA. Ay hijo, ya esta aclarado.

MATEO. Si la quiebra fué una guasa.

EMILIO. No ha habido tal bancarrota.

ADELA. Seré un marido modelo.

CECILIA. Y desde aquí se irá al cielo.

JUAN. Pues señor no entiendo jota.

MATEO. Es muy fácil de explicar.

EMILIO. En claro á todos los puntos,
ahora los cuatro juntos
volvamos á nuestro hogar.

CECILIA. Ay, no.

ADELA. Te vienes con dengues,

tu calla, que soy yo el ama;
quiero que vuelvan de Alhama
dos matrimonios merengues.
(Al público.)
Aprovechad la leccion,
mis compañeras del gremio,
y al fin lograreis el premio
de vuestra resignacion.
El esposo mas arisco
si la esposa sufre y calla
con su conciencia batalla
y vuelve al cabo al aprisco.
La virtud y la honradez
por sí solas siempre vencen,
y al marido infiel convencen
de su perfidia y doblez.
Y vosotros los que ya
vivís en dulce lazada,
aplaudid á la casada
que tales consejos da.

FIN DE LA COMEDIA.

POST SCRIPTUM..

Creo un deber de justicia consignar en esta última página mi agradecimiento á las señoras Fernandez y Valverde, y á los Sres. Mario, Zamacois, Aguirre y Viñas, por el cariño y acierto con que han interpretado sus respectivos papeles, contribuyendo en gran parte al extraordinario éxito que anoche alcanzó esta obra en el teatro de la Comedia, y que me valió la honra de ser llamado repetidas veces al palco escénico.

El Autor.

13 de Febrero de 1878.